

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DE LA
SECRETARÍA
DISTRITAL
DE CULTURA,
RECREACIÓN
Y DEPORTE



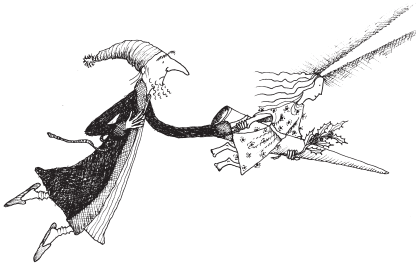
ALCALDIA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.
Secretaría de
CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE
Secretaría de
EDUCACIÓN

Bogotá sin indiferencia



BOGOTÁ
CAPITAL MUNDIAL
DEL LIBRO
2007





CANCIÓN
DE NAVIDAD

Alcaldía Mayor de Bogotá
Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Secretaría de Educación

CARLOS DICKENS



*CANCIÓN
DE NAVIDAD*

Introducción y traducción de Julio Paredes

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte

Martha Senn
SECRETARIA DE CULTURA

Victor Manuel Rodríguez Sarmiento
DIRECTOR DE ARTE, CULTURA Y PATRIMONIO

Ana Roda
COORDINADORA BOGOTÁ CAPITAL
MUNDIAL DEL LIBRO

Secretaría de Educación del Distrito

Francisco Cajiao
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Marina Ortíz Legarda
SUBSECRETARIA ACADÉMICA

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

© De esta edición: Secretaría Distrital de Cultura,
Recreación y Deporte, 2007

www.scrd.gov.co

Bogotá, diciembre de 2007

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor

ISBN 978-958-8321-15-8

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

Contenido

PRIMERA ESTROFA

El fantasma de Marley 19

SEGUNDA ESTROFA

El primero de los tres espíritus 55

TERCERA ESTROFA

El segundo de los tres espíritus 89

CUARTA ESTROFA

El último de los espíritus 133

QUINTA ESTROFA

El final 160

INTRODUCCIÓN

El lector de *Libro al viento* será testigo en *Canción de Navidad* (*A Christmass Carol*) del escritor inglés Charles Dickens (1812-1870), de la transformación profunda de un hombre. Ebenezer Scrooge, su protagonista, es la personificación de la frialdad y el cinismo extremos, y a lo largo de toda su vida ha sido incapaz de comprender y valorar la alegría y la amabilidad sencilla de quienes lo rodean. Como consecuencia de una inesperada visita del más allá, en la noche de Navidad, Scrooge descubre que ha sido condenado a vagar, después de muerto, como un alma en pena, arrastrando por toda la eternidad la cadena que ha formado con su codicia y el desprecio por los hombres. Sin embargo, los espíritus se compadecen y le ofrecen una última oportunidad de redención. Para lograrlo, Scrooge debe realizar un viaje por el tiempo, de la mano de los espectros del pasado, el presente y el futuro, para ver de frente la naturaleza cruda de su corazón.

Más allá de una simple apología de la Navidad, lejos, además, de la falsa euforia de una celebración cada vez más comercial, *Canción de Navidad* es también una

muestra clarísima de algunas de las claves presentes en la obra de Charles Dickens, como la irrupción de la fantasía en el mundo cotidiano; el contraste entre el territorio de las tinieblas y el de la luz y el calor, entre la risa y la presencia constante de la muerte, entre la esperanza y los rigores de la pobreza, y, por encima de todo, la creación de una atmósfera y un personaje inigualables.

Charles Dickens pertenece a la particular categoría de figuras de quienes parece que ya se ha dicho todo; no sólo por parte de sus múltiples defensores y lectores incondicionales en cualquier lugar del mundo, sino también por parte de aquellos que han encontrado debilidades en algunos de sus escritos. Muchas han sido las páginas dedicadas a su personalidad y obra. Su nombre, además, ha sido siempre sinónimo de entretenimiento y emoción, y sus creaciones, como todas las creaciones que terminan siendo clásicas, han logrado sobreponerse al paso del tiempo, a las distancias geográficas y culturales y a las particularidades de una época y una lengua. Se han convertido, por lo tanto, en hechos universales, que atañen a cualquier lector.

Quizás la cualidad más destacada que se puede encontrar, a la hora de considerar a Charles Dickens un escritor universal, es la de haber traído a la vida

de los hombres un largo número de personajes únicos. Dickens, como su antecesor y gran influencia el dramaturgo William Shakespeare, creó y le dio nombre, figura, lenguaje, humor y alma a una cantidad de criaturas que, desde el primer momento que salieron a escena en un libro, formaron de inmediato parte esencial de la memoria y la educación sentimental de los lectores; primero, porque terminaron siendo criaturas inolvidables, y, segundo, porque encarnaban maneras nuevas de ser hombres, que nadie había creado antes, ni crearía después. La lista, evidentemente, es larga, pero se podrían mencionar aquí algunos de los nombres más reconocidos: *Oliver Twist*, *Nicholas Nickleby*, el Sr. *Pickwick*, *David Copperfield*, la Pequeña *Nell*, y, por supuesto, *Ebenezer Scrooge*, el protagonista de *Canción de Navidad*, que el lector de *Libro al viento* tiene ahora en sus manos.

Resulta casi imposible desligar el nombre de Charles Dickens de sus creaciones, hasta tal punto que de su apellido se desprendió un adjetivo, “dickensiano”, que ilustra una manera de ser, así como una atmósfera y, en definitiva, un universo completo, con sus paraísos y sus infiernos particulares, escenificados, principalmente, en las calles de la ciudad de Londres. Esta cualidad sería el resultado de una facultad creadora casi portentosa, con

unas variantes de personalidades y caracteres que parecen abarcar todo el espectro de la tragedia y la comedia, de la felicidad y la desdicha, de la justicia y del abuso, de la lógica y de lo irracional, presentes en la base de la sociedad moderna.

Sin embargo, la construcción de este universo no fue el resultado de una tarea fácil ni completamente alegre. Perseguido durante toda la vida por el recuerdo amenazador de sus desdichados años como niño obrero en una fábrica de betún, consecuencia de la ruina financiera de su padre, quien pasaría algún tiempo encarcelado por deudas sin pagar, Charles Dickens vivió siempre con el terror de perder la felicidad y de ser de nuevo víctima de la pobreza, la explotación y el abuso. Cuando consiguió por fin liberarse de ese atroz oficio, decidió, con una claridad sorprendente, convertirse en un hombre letrado, sin jefes autoritarios, y con la educación suficiente para oponerse a las injusticias y al abandono de los que eran víctimas muchos de los habitantes de Londres, especialmente mujeres jóvenes y niños sin ningún tipo de hogar.

Después de trabajar como reportero transcribiendo discursos de políticos en el Parlamento, se inició en la carrera periodística (oficio que nunca abandonó), trazando unos “esbozos” de situaciones y personajes

que, al publicarlos como libro bajo el seudónimo de “Boz”, le proporcionaron un éxito inmediato; hecho que desembocó en el encargo para escribir un relato seriado que terminó por llamarse *Los papeles póstumos del Club Pickwick* (1836), que no sólo ratificó su destino como escritor. Siguieron otras obras seriadadas que aumentaron su fama en vida como *Oliver Twist* (1837), *Almacén de antigüedades* (1840), *Canción de Navidad* (1843), *Dombey e hijo* (1848), *David Copperfield* (1849), *Casa desolada* (1852), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860), para nombrar unos cuantos títulos. Convertido en una figura pública internacional, Dickens también practicó durante varios años el oficio de actor, pasión que lo acompañó desde la juventud y que adquirió una particular naturaleza durante la última etapa de su vida, pues echaría mano de estas habilidades para representar en vivo de algunas de sus obras más famosas, y particularmente *Canción de Navidad*, interpretando él mismo a todos los personajes, entregado a giras agotadoras que incidieron definitivamente en el deterioro de su salud.

A pesar de haber celebrado en su obra las maravillas y los milagros que acompañaban la vida cotidiana, ese mundo fraternal y familiar de una existencia sencilla, acudiendo a la imagen hogareña de unas criaturas

cariñosas y nobles, siempre propensas a la risa y reunidas al calor del fuego de una chimenea, Charles Dickens no fue del todo feliz en su vida privada. Con una familia extensa de diez hijos, fue un buen padre, aunque distante, y no reconoció en ninguno de sus descendientes la misma fuerza creadora, incansable, que lo acompañó a él desde niño. Por otra parte, el amor que alguna vez lo unió a su esposa, Catherine Hogarth, terminó por desvanecerse, separándose de ella en 1858, después de veintidós de matrimonio.

Sus últimos años los vivió guiado por la misma energía trabajadora de siempre y se opuso hasta el final, con vehemencia práctica, a las distintas formas de la injusticia y a los privilegios heredados de unos pocos. Dejó al morir, el 9 de junio de 1870, una novela sin terminar, *El misterio de Edwin Drood*, y dispuso por escrito que aquellos que asistieran a su funeral no usaran “bufanda, capa, corbata negra, cinta en el sombrero, ni ninguna otro asqueroso disparate”.

Algunos años más tarde, en 1906, otro escritor inglés, G.K. Chesterton, resumió la genialidad de Dickens con unas palabras que aún hoy sirven para comprender su vigencia: “El arte de Dickens se parece a la vida en que, como esta, es irresponsable y, como esta, increíble”.

Me he esforzado en este fantasmal librito
por engendrar el Fantasma de una Idea,
que no debería poner de mal humor a mis
lectores ni consigo mismos, ni con otros, ni
con la estación, ni conmigo. Ojalá embruje
placenteramente sus hogares y que nadie
sienta el deseo de dejarlo.

Su fiel amigo y servidor,

[C. D.]

DICIEMBRE, 1843

CANCIÓN
DE NAVIDAD

El fantasma de Marley

MARLEY había muerto: para empezar. No hay ninguna duda al respecto. El registro de su entierro fue firmado por el clérigo, el sacristán, el empresario de pompas fúnebres, y el presidente de duelos. Scrooge firmó: y el nombre de Scrooge era bueno para la Bolsa, para cualquier cosa donde decidiera poner la mano. El viejo Marley estaba más muerto que el clavo de una puerta.

¡Por Dios! No he querido decir que sepa, por conocimiento propio, qué es lo que habrá de particularmente muerto en el clavo de una puerta. Debí haber estado inclinado, yo mismo, a considerar el clavo de un ataúd como la pieza más muerta en el mercado de la ferretería. Pero la sabiduría de nuestros antepasados está en el símil; y mis profanas manos no deben perturbarla, o el país estaría perdido. Por lo tanto, ustedes deberán permitir que repita, de manera

enfática, que Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

¿Sabía Scrooge que estaba muerto? Claro que lo sabía. ¿Cómo podría ser de otra forma? Scrooge y él habían sido socios por no sé cuántos años. Scrooge era su único albacea, su único administrador, su único cesionario, su único legatario universal, su único amigo y su único doliente. Pero Scrooge no se sentía terriblemente afligido por el triste suceso, sino que se comportó como el excelente hombre de negocios que era el mismo día del funeral, y lo formalizó con una innegable ganga.

La mención del funeral de Marley me remite al punto donde comencé. No había duda de que Marley estaba muerto. Esto debe entenderse claramente, o nada maravilloso saldrá de la historia que estoy a punto de relatar. Si no estuviéramos perfectamente convencidos de que el padre de Hamlet moría antes del comienzo de la obra, no encontraríamos en su paseo nocturno, bajo un viento del este, sobre sus propias murallas, nada más extraordinario que la repentina salida nocturna de un hombre de mediana edad hacia un lugar azotado por el viento –digamos el cementerio de San Pablo, por ejemplo– sencillamente para asombrar la débil mente de su hijo.

Scrooge nunca borró el nombre del viejo Marley.

Permaneció allí, durante años, sobre la puerta de la oficina: Scrooge y Marley. La compañía era conocida como Scrooge y Marley. Algunas veces la gente nueva en el negocio la llamaba Scrooge Scrooge, y algunas veces Marley, pero él contestaba a los dos nombres: a él le daba igual.

¡Oh! Pero era un tacaño de tiempo completo, ¡Scrooge! ¡Un avaro, cruel, codicioso, cicatero, rapaz, amarrado, tacaño pecador! Duro y afilado como el pedernal, del que no había brotado ningún fuego generoso; secreto, retraído y solitario como una ostra. El frío en su interior había congelado sus viejas facciones, helado su nariz afilada, marchitado sus mejillas, endurecido su paso; le había puesto los ojos rojos, azules sus delgados labios; y hablaba sagazmente con una voz áspera. Una escarcha cubría su cabeza, sus pestañas, y su barba de alambre. Llevaba siempre consigo su baja temperatura personal; helaba la oficina en los días calurosos, y no la suavizaba un solo grado en Navidad.

El calor y el frío externos ejercían poca influencia en Scrooge. Ningún calor lo calentaba, ningún clima invernal lo enfriaba. Ningún viento que soplara era menos penetrante que él, ninguna nieve más resuelta en su propósito, ningún aguacero menos dispuesto a las súplicas. El clima más espantoso no sabía dónde

atraparlo. La lluvia más torrencial, la nieve, el granizo, la nevisca, sólo podían jactarse de tener una ventaja sobre él: A menudo todos ellos “disminuían” generosamente, mientras que Scrooge nunca lo hacía.

Nunca nadie lo paraba en la calle pare decirle, con expresión risueña, “Mi querido Scrooge, ¿cómo se encuentra? ¿Cuándo pasará a visitarme?”. Los mendigos nunca le suplicaban que les diera una limosna, ningún niño le preguntaba qué hora era, ningún hombre ni mujer le preguntó a Scrooge una sola vez en su vida dónde quedaba tal o cual lugar. Incluso los perros de los ciegos parecían conocerlo; y cuando lo veían acercarse, halaban a sus amos hacia los portales y los patios; y después meneaban las colas como si quisieran decir, “¡Ningún ojo es mejor que un mal de ojo, terrible amo!”.

Pero ¿de qué se preocupaba Scrooge? Todo esto era lo que en realidad deseaba. Para él, abrirse paso por entre los tumultuosos senderos de la vida, advirtiéndole a cualquier tipo de simpatía humana que se mantuviera lejos, era, como suele decirse, algo que lo “enloquecía”.

Una vez –en el mejor de todos los días, la Noche de Navidad– el viejo Scrooge se encontraba ocupado en su oficina. El tiempo estaba frío, crudo, penetrante, y, por añadidura, brumoso; y él podía escuchar la gente afuera en la plaza ir de un lado a otro jadeando, golpeándose



el pecho con las manos, y golpeando las piedras del pavimento con los pies para entrar en calor. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero ya estaba oscuro; no había habido luz en todo el día, y las velas brillaban en las oficinas vecinas, como manchas rojizas sobre el palpable aire oscuro. La niebla se metía por cualquier grieta y cerradura, y era tan densa afuera, que así la plaza fuera de las más estrechas, las casas enfrente parecían fantasmas. Al ver cómo caía la sombría niebla, oscureciéndolo todo, uno podría pensar que la Naturaleza vivía penosamente, desplegándose a gran escala.

La puerta del despacho de Scrooge se mantenía abierta para poder vigilar a su escribiente, quien, en un lúgubre cubículo al fondo, semejante a un tanque, copiaba cartas. Scrooge tenía un pequeño fuego encendido, pero el fuego que tenía el escribiente era aún más tan pequeño que parecía tener sólo un carbón. Pero no podía reaprovisionarlo, ya que Scrooge mantenía el cubo de carbón en su propia oficina; y si el escribiente llegara a aparecer con la pala, con seguridad su jefe hubiera augurado que tanto él como la pala tendrían que partir. Por lo tanto, el escribiente se había puesto su bufanda blanca, e intentaba calentarse con la vela; en cuyo intento, al no tratarse de un hombre con gran imaginación, siempre fracasaba.

–¡Feliz Navidad, tío! ¡Dios te bendiga! –gritó una voz alegre. Era la voz del sobrino de Scrooge, que había aparecido a su lado tan de improviso que esta fue la primera indicación de su llegada.

–¡Bah! –dijo Scrooge– ¡Tonterías!

Se había acalorado tanto por la rápida caminata a través de la niebla y la helada, este sobrino de Scrooge, que estaba exaltado; tenía el rostro rubicundo y lozano; los ojos le brillaban y volvió a salir vapor de su boca.

–¿Las navidades tonterías? ¡Tío! –contestó el sobrino–. No habrá querido decir eso, estoy seguro.

–Sí lo quise decir –dijo Scrooge–. ¡Feliz Navidad! ¿Qué razones tienes para estar feliz? Eres ya bastante pobre.

–Vamos –volvió a decir con alegría el sobrino–. ¿Qué derecho tiene a estar abatido? ¿Qué razón tiene para estar de malhumor? Usted ya es bastante rico.

Al no contar con una mejor respuesta en el momento, dijo de nuevo:

–¡Bah! –agregando una vez más: –¡Tonterías!

–No esté de malhumor, tío –dijo el sobrino.

–¿Cómo más podría estar –respondió Scrooge– si tengo que vivir en este mundo de idiotas? ¡Feliz Navidad! ¡Al cuerno con la feliz Navidad! ¿Qué es la Navidad sino una época para pagar deudas sin tener dinero; una

época para estar un año más viejo y ni una hora para estar más rico; una época para hacer el balance de los libros y encontrar que cada cosa ahí a lo largo de una docena de meses no tiene ningún valor? Si dependiera de mi voluntad –dijo Scrooge, indignado–, cada tonto que apareciera con un “Feliz Navidad” en los labios, debería ser cocinado en su propio pellejo y enterrado con una estaca de acebo en el corazón. ¡Claro que sí!

–¡Tío! –imploró el sobrino.

–¡Sobrino! –contestó el tío, con dureza–. Haz tu Navidad a tu manera, y deja que yo la celebre a la mía.

–¡Celebrarla! –repitió el sobrino de Scrooge–. Pero si usted no la celebra.

–Entonces déjame en paz –dijo Scrooge– ¡Ojalá te sirva de algo! ¡Con todo lo que te ha servido!

–Hay muchas cosas de las que hubiera podido sacar provecho y de las que, me atrevo a decir, no me he beneficiado –contestó el sobrino–. Entre estas la Navidad. Pero estoy seguro de haber pensado siempre que la Navidad, cuando está cerca –aparte de la veneración debida a su nombre y origen, si es que algo suyo se puede dejar aparte de esto–, es una época buena; una época amable, misericordiosa, caritativa, placentera; la única época que yo sepa, en el largo calendario del año, en la que hombres y mujeres parecen estar de acuerdo

en abrir libremente sus corazones cerrados y considerar a la gente que está por debajo de ellos como verdaderos compañeros de viaje hacia la tumba, y no como otra raza de criaturas con rumbo a otros destinos. Y por lo tanto, tío, aunque nunca me ha dejado una migaja de oro o plata en el bolsillo, creo que me *ha* hecho bien y que me *hará* bien, y entonces digo: ¡Bendita sea!

El escribiente en su cubículo aplaudió de forma involuntaria: dándose cuenta de inmediato de su acto impropio, removió el fuego, extinguiendo para siempre la última y frágil chispa.

–Deje que oiga otro ruido *suyo* –le dijo Scrooge– y celebrará su Navidad perdiendo el empleo. Caballero –agregó, volviéndose hacia su sobrino–, es usted un convincente orador. Me pregunto por qué no está en el Parlamento.

–No se enoje, tío. ¡Vamos! Coma mañana con nosotros.

Scrooge contestó que iría verlo... Sí, claro que sí. Y haciendo uso de toda su expresión, agregó que lo vería primero en aquellos apuros.

–¿Pero, por qué? –gritó el sobrino de Scrooge– ¿Por qué?

–¿Por qué te casaste? –dijo Scrooge.

–Porque me enamoré.

–¡Porque te enamoraste! –gruñó Scrooge, como si esa fuera la única cosa en el mundo más ridícula que la Navidad–. ¡Buenas tardes!

–No, tío, si usted nunca vino a visitarme antes de eso. ¿Por qué lo usa como pretexto para no venir ahora?

–Buenas tardes –repitió Scrooge.

–No quiero nada de usted; no le pido nada, ¿por qué no podemos ser amigos?

–Buenas tardes –dijo Scrooge.

–Lamento, de todo corazón, encontrarlo tan obstinado. Nunca hemos tenido una pelea, no por lo menos una en la que yo haya tomado parte. Pero he hecho el intento en honor a la Navidad, y mantendré hasta el final mi espíritu navideño. Así que ¡Feliz Navidad, tío!

–Buenas tardes –dijo Scrooge.

–¡Y un Feliz Año Nuevo!

–¡Buenas tardes! –dijo Scrooge.

El sobrino, aún así, abandonó el salón sin decir una palabra de rabia. Se detuvo en la puerta de afuera para darle el saludo de Navidad al escribiente, quien, por más frío que estuviera, resultó más cálido que Scrooge, pues le contestó cordialmente.

–Hay otro también –murmuró Scrooge, que había alcanzado a oírlo–, mi escribiente, que gana quince

chelines a la semana, con esposa y familia, hablando sobre la feliz Navidad. Terminará en el manicomio.

Este mismo lunático, al dejar salir al sobrino de Scrooge, dejaba entrar a otras dos personas. Se trataba de dos caballeros corpulentos, agradables de contemplar, y se encontraban ahora, los sombreros en las manos, en la oficina de Scrooge. Llevaban en las manos libros y papeles e inclinaron la cabeza para saludarlo.

–Scrooge y Marley, supongo –dijo uno de los caballeros, estudiando su lista–. ¿Tengo el placer de dirigirme al Sr. Scrooge o al Sr. Marley?

–El Señor Marley lleva muerto estos últimos siete años –replicó Scrooge–. Murió hace siete años, esta misma noche.

–No tenemos duda de que la liberalidad del Sr. Marley está bien representada por su socio sobreviviente –dijo el caballero, presentado sus credenciales.

Y así era; pues los dos habían sido almas gemelas. Ante la ominosa palabra “liberalidad”, Scrooge frunció el ceño, sacudió la cabeza, y devolvió las credenciales.

–En esta época festiva, Sr. Scrooge –dijo el caballero, tomando una pluma–, resulta más conveniente de lo normal que recojamos algunas pocas provisiones para los pobres y desamparados, que sufren mucho en el momento presente. Miles de ellos carecen de las nece-

sidades básicas; cientos de miles carecen, señor, de las comodidades básicas.

–¿No hay cárceles? –preguntó Scrooge.

–Hay bastantes prisiones –contestó el caballero, dejando de nuevo la pluma.

–¿Y los asilos para los indigentes? –quiso saber Scrooge–. ¿Siguen funcionando?

–Sí. Aunque –contestó el caballero–, desearía poder decirle que no funcionan.

–Y los molinos de las cárceles y la Ley de Pobres siguen totalmente vigentes, ¿no es así? –dijo Scrooge.

–Por completo, señor.

–¡Oh! Temía, por lo que usted dijo al comienzo, que había ocurrido algo que impedía su provechoso funcionamiento –dijo Scrooge–. Me alegra oír que no es así.

–Al tener la impresión de que apenas si proporcionan consuelo cristiano de alma y cuerpo a las multitudes –respondió el caballero–, algunos de nosotros estamos empeñados en recaudar fondos para comprar a los pobres algo de carne y bebida y medios para calentarse. Hemos elegido esta época, porque es la época, entre todas las otras, cuando la Necesidad se siente con mayor intensidad y la Abundancia se regocija. ¿Cuánto debo poner a su nombre, señor?

–¡Nada! –replicó Scrooge.

–¿Desea permanecer anónimo?

–Deseo que me dejen en paz –dijo Scrooge–. Ya que me han preguntado lo que deseaba, caballeros, esa es mi respuesta. Yo no me alegro en Navidad, y no puedo darme el lujo de hacer feliz a gente desocupada. Ayudo a mantener las instituciones que he mencionado: cuestan suficiente. Y aquellos que se encuentren mal económicamente deberían ir allí.

–Muchos no pueden hacerlo, y otros preferirían morir antes de estar allí.

–Pues si prefieren morir –contestó Scrooge–, mejor que lo hagan y disminuyan así el exceso de población. Además, si me excusan, no sé nada de eso.

–Pero debería saberlo –observó el caballero.

–No es asunto mío –replicó Scrooge–. Ya es suficiente para un hombre entender sus propios asuntos y no interferir con los de los demás. Los míos me mantienen ocupado todo el tiempo. ¡Buenas tardes, caballeros!

Viendo con claridad que sería inútil seguir insistiendo, los caballeros se retiraron. Scrooge retomó sus tareas con una mejor opinión de sí mismo y con un humor más festivo de lo que era usual en él.

Entre tanto la niebla y la oscuridad se habían puesto tan densas que la gente avanzaba por las calles con antorchas encendidas, ofreciendo sus servicios para ir

delante de los caballos de los carruajes y guiarlos por el camino. La antigua torre de una iglesia, cuya tosca campana vieja siempre estaba observando furtivamente a Scrooge desde una ventana gótica en la pared, se había vuelto invisible, y daba las horas y los cuartos de hora entre las nubes, con posteriores vibraciones trémulas, como si sus dientes castañearan en su congelada cabeza allá arriba. El frío se hizo más intenso. En la calle principal, en la esquina de la plaza, algunos obreros estaban reparando las tuberías de gas, y habían encendido un gran fuego en un brasero, a cuyo alrededor se había reunido un grupo de hombres y muchachos harapientos: se calentaban las manos y parpadeaban extasiados ante las llamas. La toma de agua había sido abandonada a su soledad, con sus desagües repentinamente congelados y transformados en un misantrópico hielo. El resplandor de las tiendas, donde las ramitas de acebo y las bayas crujían bajo el calor de las luces de las ventanas, enrojecía los pálidos rostros cuando pasaban. Las tiendas de pollos y de comestibles se habían convertido en un espléndido absurdo: un glorioso espectáculo con el que era casi imposible creer que principios tan vulgares como compra y venta tuvieran algo que ver. El Alcalde Mayor, en la fortaleza de la enorme Alcaldía, daba órdenes a sus cincuenta cocineros y mayordomos para celebrar la

Navidad como debería celebrarse en la casa familiar del Alcalde Mayor; e incluso el pequeño sastre, a quien el alcalde había multado el pasado lunes con cinco chelines por estar borracho y violento en las calles, batía el pudín del día siguiente en su buhardilla, mientras su escuálida mujer y su hijo salían a comprar la carne.

¡Más niebla todavía, y más frío! Un frío penetrante, agudo, cortante. Si el bueno de San Dunstan hubiera pellizado la nariz del Espíritu Maligno con el tacto de un frío como este, en lugar de usar sus armas habituales, sin duda hubiera lanzado un potente rugido. El dueño de una naricita joven, mordisqueada y roída por el hambriento frío como los huesos por los perros, bajó hasta el ojo de la cerradura de Scrooge para ofrecerle una canción de Navidad, pero con la primera entonación de:

¡Dios lo bendiga alegre caballero!

¡Ojalá nada lo aflija!

Scrooge agarró la regla con un movimiento tan enérgico que el cantor huyó aterrado, dejando el ojo de la cerradura a la niebla y a un aire helado más simpático que aquel.

Llegó finalmente la hora de cerrar la oficina. Scrooge abandonó de mala gana su taburete y admitió tácitamente el hecho ante el escribiente, que esperaba

expectante en su cubículo, y quien de inmediato apagó la vela y se puso el sombrero.

–Supongo que querrá tener libre todo el día de mañana, ¿no es así? –dijo Scrooge.

–Si no es inconveniente, señor.

–No es conveniente –contestó Scrooge–, y no es justo. Si por eso le descontara media corona, usted se sentiría mal tratado, ¿no es así?

El empleado sonrió tímidamente.

–Y sin embargo –continuó Scrooge–, usted no cree que *abusa* de mí, cuando pago un día de sueldo por no trabajar.

El escribiente comentó que sólo era una vez al año.

–¡Una pobre excusa para meterle la mano al bolsillo de un hombre cada veinticinco de diciembre! –contestó Scrooge, abotonándose el abrigo hasta la barbilla–. Pero imagino que debe tener el día entero. ¡Pero esté aquí muy temprano la mañana siguiente!

El escribiente prometió que lo haría, y Scrooge salió con un gruñido. La oficina quedó cerrada en un abrir y cerrar de ojos, y el escribiente, con las largas puntas de su bufanda blanca colgándole por debajo de la cintura (ya que no podía darse el lujo de tener un abrigo), se deslizó veinte veces en un trineo en Cornhill, detrás de una fila de muchachos, en honor a la noche de Navidad,

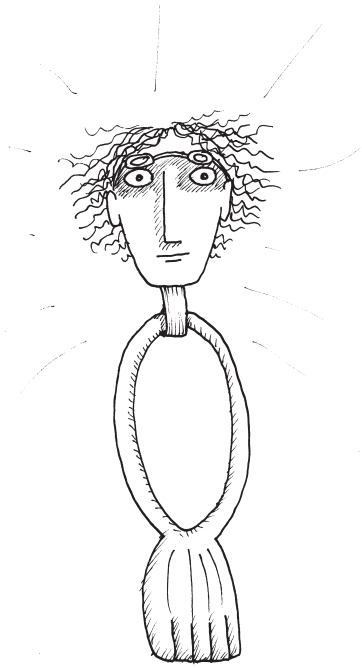
y después corrió tan rápido como pudo a su casa en Camden Town, para jugar a la gallina ciega.

Scrooge comió su melancólica comida en su habitual melancólica taberna; y después de haber leído todos los periódicos, y de entretenerse durante el resto de la tarde con el talonario de depósitos bancarios, se fue a la casa a dormir. Vivía en las habitaciones que alguna vez habían pertenecido a su socio muerto. Se trataba de unos cuartos lúgubres, en la parte baja de un edificio frente a un patio, donde tenían tan poco que ver ahí que uno no podía dejar de imaginar que habían corrido hasta allá cuando pertenecían a una casa joven que, después de jugar a las escondidas con las otras casas, había olvidado el camino de salida. Eran ahora unas habitaciones tan viejas, y tan tristes, que nadie más vivía allí excepto Scrooge, mientras las restantes se usaban como oficinas. El patio estaba tan oscuro que incluso Scrooge, que conocía hasta la última piedra, tuvo que avanzar a tientas. La niebla y el hielo colgaban de tal forma sobre la vieja puerta de la casa, que parecía como si el Dios del Tiempo se hubiera sentado en el umbral en triste meditación.

Bien, es un hecho que no había nada particular en la aldaba sobre la puerta, excepto que era bastante grande. También era un hecho que Scrooge la había visto noche y día durante todo el tiempo que había residido allí;

que además Scrooge poseía muy poco de lo que suele llamarse fantasía, no más que cualquier otro hombre en Londres, incluyendo aún –y se trata de una palabra atrevida– la alcaldía, los concejales y los gremios. Téngase también en cuenta que Scrooge no había dedicado un solo pensamiento a Marley desde la última referencia, aquella misma tarde, a su socio muerto hacía siete años. Entonces quisiera que alguien me explicara, si puede, cómo pudo suceder que Scrooge, al meter la llave en la cerradura, viera en la aldaba, sin que esta sufriera ningún proceso intermedio de cambio, no una aldaba sino el rostro de Marley.

El rostro de Marley. Y no se encontraba bajo alguna sombra impenetrable como estaban los otros objetos en el patio, sino que lo rodeaba una luz tétrica, como una langosta dañada en una bodega oscura. No estaba molesto ni feroz, pero miraba a Scrooge como solía mirarlo Marley: con los anteojos fantasmales puestos sobre su fantasmal frente. Sus cabellos se agitaban de una manera curiosa, como si los soplara un vaho o un aire caliente; y aunque los ojos estuvieran abiertos del todo, estaban completamente inmóviles. Esto, y su color lívido, lo hacían ver horrible; pero este horror, a pesar del rostro y más allá de su control, parecía más bien formar parte de su expresión.



Quando Scrooge observó con mayor atención este fenómeno, era de nuevo una aldaba.

Decir que no se sobresaltó, o que su sangre no fue conciente de una terrible sensación que no conocía desde la infancia, sería una mentira. Pero puso la mano en la llave que había soltado, la giró enérgicamente, entró y encendió la vela.

Se detuvo, con un momento de vacilación, antes de cerrar la puerta; y entonces miró primero con cautela detrás de esta, como si hubiera medio esperado verse aterrorizado por la coleta de pelo de Marley saliendo hacia el vestíbulo. Pero no había nada detrás de la puerta, excepto los tornillos y las tuercas que sostenían la aldaba. Entonces dijo “¡Bah!” y cerró de un portazo.

El golpe retumbó como un trueno por la casa. Cada habitación arriba, como cada tonel en las bodegas del comerciante de vino abajo, parecieron responder con un separado repique de ecos propios. Scrooge no era

un hombre que se dejara asustar por los ecos. Echó llave a la puerta, cruzó el vestíbulo y subió, con lentitud, las escaleras, despabilando la vela mientras avanzaba.

Se podría discutir indistintamente sobre cómo conducir un carruaje de seis caballos por un buen tramo de escaleras, o hacerlo pasar a través de un mal decreto parlamentario, pero lo que pretendo decir es que uno podría subir un coche fúnebre por aquella escalera, y subirlo a lo ancho, con la vara de tiro hacia la pared y la portezuela hacia la baranda, y hacerlo sin problema. Había allí la anchura suficiente, con espacio de sobra; quizás fue por esto por lo que Scrooge imaginó ver delante de él en la oscuridad a toda una comitiva fúnebre. Media docena de lámparas callejeras no hubieran iluminado del todo bien aquella entrada, así que se puede suponer que estaba bastante oscuro con la media luz de Scrooge.

Scrooge continuó subiendo, sin importarle lo más mínimo: la oscuridad es barata y a Scrooge le gustaba. Pero antes de cerrar la pesada puerta de su cuarto, Scrooge recorrió las otras habitaciones para comprobar que todo estaba bien. Aún tenía un recuerdo suficientemente claro del rostro como para desear hacerlo.

Sala, dormitorio, trastero. Todos estaban como debían estar. Nadie debajo de la mesa, nadie debajo del

sofá; un pequeño fuego en la chimenea; la cuchara y el plato listos; y una cacerola de gachas (Scrooge tenía un resfriado) en el saliente de la chimenea. Nadie debajo de la cama; nadie en el armario; nadie en su bata de dormir, que colgaba de la pared en actitud sospechosa. El trastero estaba como siempre. La vieja malla contra el fuego, zapatos viejos, dos cestas de pescador, un lavamanos de tres patas y un atizador.

Bastante satisfecho, cerró la puerta y se encerró en el cuarto y echó doble llave, que no era su costumbre. Asegurado entonces contra toda sorpresa, se zafó la corbata, se puso la bata, las pantuflas, el gorro de dormir y se sentó frente al fuego para tomarse el caldo de gachas.

Se trataba en efecto de un fuego bastante débil; nada como para una noche tan fría. Se vio obligado a sentarse más cerca y a inclinarse sobre la llama para poder extraer la mínima sensación de calor de este puñado de combustible. Era una chimenea vieja, construida por algún comerciante holandés tiempo atrás, y enchapada con unas curiosas baldosas holandesas, diseñadas para ilustrar las Sagradas Escrituras. Había Caínes y Abeles, hijas de faraones, reinas de Saba, mensajeros angélicos descendiendo del cielo por entre nubes semejantes a colchones de plumas, Abrahames, Baltasares, apóstoles lanzándose al mar en barcas diminutas, cientos de

figuras que podían distraer su mente. Y, no obstante, el rostro de Marley, muerto hacía siete años, volvía como la vara del antiguo profeta, y se tragaba todo lo demás. Si cada una de estas baldosas lisas fuera en realidad blanca, con el poder de moldear en su superficie alguna imagen que naciera de los fragmentos inconexos en la mente de Scrooge, habría una copia de la cabeza del viejo Marley en todas y cada una.

–¡Tonterías! –dijo Scrooge, y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación.

Después de varias vueltas, se sentó de nuevo. Cuando apoyó la cabeza en el respaldo de la silla, sucedió que su mirada se posó en una campanilla, una campanilla en desuso que colgaba en la habitación y que comunicaba, con algún propósito ahora olvidado, con otra habitación en el piso más alto del edificio. Y fue entonces que con un inmenso asombro, y con un terror extraño, inexplicable, vio que la campanilla empezaba a moverse mientras la miraba. Se movía tan suave al principio que escasamente hacía ruido; pero enseguida empezó a sonar con fuerza, lo mismo que las otras campanillas en toda la casa.

Esto pudo haber durado medio minuto, o un minuto, pero pareció como una hora. Las campanillas dejaron de sonar como empezaron, todas al mismo tiempo. La siguió entonces un estruendo metálico, desde muy

abajo, como si alguna persona estuviera arrastrando una pesada cadena sobre los barriles en el sótano del comerciante de vinos. Scrooge recordó entonces haber escuchado que a los fantasmas en las casas embrujadas se les describía arrastrando cadenas.

La puerta del sótano se abrió con un estampido, entonces oyó que el ruido era mucho más alto, en el piso de abajo, y que subía por las escaleras y venía directo hacia su puerta.

–¡Siguen siendo tonterías! –dijo Scrooge–. No creeré nada.

Su color, sin embargo, cambió cuando, sin pausa, el ruido atravesó la pesada puerta y entró a la habitación ante sus propios ojos. Una vez entró, la moribunda llama creció, como si gritara “¡Lo conozco! ¡Es el fantasma de Marley!” y disminuyó de nuevo.

El mismo rostro, el mismísimo rostro. Marley con su coleta, su chaleco de siempre, sus pantalones, y sus botas; las borlas de estas últimas se erizaban, así como la coleta, los faldones de la levita y el pelo sobre su cabeza. La cadena que arrastraba le ceñía la cintura. Era larga y lo envolvía como una cola y estaba hecha (pues Scrooge la veía de cerca) de cajas fuertes, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras y pesadas bolsas forjadas en hierro. Su cuerpo era transparente, de tal forma que al



observarlo y ver a través de su chaleco, Scrooge podía ver los dos botones traseros de la levita.

Scrooge había escuchado a menudo que Marley no tenía entrañas, pero nunca lo había creído sino hasta ahora.

No, no lo creía incluso ahora. A pesar de que observaba al fantasma de arriba abajo y lo veía de pie ante él; a pesar de sentir la estremecedora influencia de sus ojos glaciales, y de advertir con claridad la textura del pañuelo envuelto alrededor de su cabeza y barbilla, envoltura que no había visto antes, aún así permanecía incrédulo, y luchaba contra sus sentidos.

–¡Y entonces! –dijo Scrooge, tan cáustico y frío como siempre–. ¿Qué quieres de mí?

–¡Mucho! –era la voz de Marley, sin ninguna duda.

–¿Quién eres tú?

–Pregúntame quién *era*.

–¿Quién eras entonces? –preguntó Scrooge, levantando la voz. –Eres muy exigente para...ser una sombra.

Iba a decir “para ser sólo una sombra”, pero consideró más apropiado decirlo así.

–En vida fui tu socio, Jacob Marley.

–¿Puedes...puedes sentarte? –preguntó Scrooge, observándolo dudoso.

–Sí puedo.

–Entonces, siéntate.

Scrooge había hecho la pregunta porque no sabía si un fantasma tan transparente podía estar en condiciones de tomar asiento; y sintió que, en el caso de que resultara imposible, esto implicaría una explicación embarazosa. Pero el fantasma se sentó en el otro extremo de la chimenea, como si estuviera bastante acostumbrado a hacerlo.

–No crees en mí –comentó el fantasma.

–No –dijo Scrooge.

–¿Qué otra evidencia puedes tener de mi realidad que tus propios sentidos?

–No sé –contestó Scrooge.

–¿Por qué dudas de tus sentidos?

–Porque –dijo Scrooge–, cualquier cosa los afecta.

Un pequeño malestar estomacal los engaña. Tú podrías ser un trozo de carne mal digerido, una partícula de mostaza, una migaja de queso, el fragmento de una papa a medio hacer. ¡Hay más salsa que sepultura en ti, quienquiera que seas!

Scrooge no practicaba demasiado la costumbre de festejar chistes, como tampoco sentía, en el fondo, que hubiera nada jocoso en ese momento. La verdad era que intentaba mostrarse ingenioso, con el propósito de distraer su propia atención y mantener a raya su terror,

pues la voz del espectro lo alteraba hasta la médula de los huesos.

Scrooge sentía que estar sentado en silencio, mirando aquellos ojos fijos y gélidos, significaría perder su último punto. Había también algo horrible en el hecho de que el espectro poseyera una atmósfera infernal propia. Scrooge no la podía sentir por sí mismo, pero el caso era evidente; pues aunque el fantasma permaneciera sentado perfectamente inmóvil, su pelo, los faldones y las borlas, seguían agitándose como impulsadas por el vapor caliente de un horno.

–¿Ves este palillo de dientes? –preguntó Scrooge, volviendo rápido a la carga, por la razón ya dicha, y con el deseo, así fuera sólo por un segundo, de desviar la pétrea mirada de la visión.

–Sí –contestó el fantasma.

–No lo estás mirando –dijo Scrooge.

–Pero lo puedo ver –dijo el fantasma–. De todas formas.

–¡Por Dios! –dijo Scrooge–. Sólo tengo que tragarme esto y pasaré el resto de mis días perseguido por duendes, todos de mi propia invención. Tonterías, te digo... ¡tonterías!

En ese instante, el espíritu lanzó un grito terrorífico y sacudió la cadena con un ruido tan tétrico y espantoso,

que Scrooge se agarró con fuerza a la silla, para no caer en un desmayo. Pero su espanto fue mucho mayor cuando el fantasma se quitó el vendaje alrededor de la cabeza, como si fuera demasiado caliente para llevarlo dentro de la casa, ¡y la mandíbula inferior se le caía hasta el pecho!

Scrooge se puso de rodillas y apretó las manos frente a su cara.

–¡Piedad! –dijo–. Espantosa aparición, ¿por qué me atormentas?

–¡Hombre de mente mundana! –replicó el fantasma– ¿crees en mí o no?

–Creo –dijo Scrooge–. Debo creer. Pero ¿por qué los espíritus recorren la tierra y por qué vienen a visitarme?

–A todo hombre se le exige –contestó el fantasma– que su espíritu interior vaya muy lejos entre sus semejantes, y viaje por todos los rincones; y si ese espíritu no lo hace en vida, está condenado a hacerlo después de morir. Está condenado a vagar de un lado a otro por el mundo –¡oh!, ¡ay de mí!– y ser testigo de lo que no puede compartir, pero que ¡debió haber compartido en la tierra y convertirlo en felicidad!

De nuevo el espectro soltó un grito y sacudió la cadena y retorció sus indefinidas manos.

–Estás encadenado –dijo Scrooge, temblando–. ¿Dime por qué?

–Arrastro la cadena que forjé en vida –contestó el fantasma–. La construí eslabón por eslabón, yarda a yarda, la ceñí por mi propia voluntad, y por mi propia voluntad la cargo. ¿Es su diseño extraño para *ti*?

Scrooge temblaba cada vez más.

–¿O te gustaría saber –siguió diciendo el espectro– el peso y la longitud de la fuerte espiral que cargas tú mismo? Estaba tan llena y pesada y larga como esta desde hace siete Navidades. Desde entonces, has estado trabajando en ella. ¡Es una cadena bien pesada!

Scrooge miró en el piso a su alrededor, esperando encontrarse rodeado de unas cincuenta o sesenta brazas de cable de acero: pero no pudo ver nada.

–Jacob– dijo, implorando–. Mi viejo Jacob Marley, dime más. Dame algo de consuelo, Jacob.

–No tengo ningún consuelo para darte –replicó el fantasma–. Este viene de otras regiones, Ebenezer Scrooge, y es traspasado por otros agentes y para otra clase de hombres. Tampoco puedo decirte lo que desearía. Un poco más, es todo lo que se me permite. No puedo descansar, no puedo quedarme, no puedo permanecer un rato en ninguna parte. Mi espíritu nunca fue más allá de nuestro despacho –¡Escúchame bien!–, en vida mi espíritu nunca erró más allá de los estrechos límites de nuestro agujero de cambistas de dinero, ¡y tengo ante mí fatigosos viajes!

Scrooge tenía la costumbre, cada vez que se ponía pensativo, de meter las manos en los bolsillos. Reflexionando ahora en lo que había dicho el fantasma, lo volvió a hacer, pero sin levantar los ojos y sin ponerse de pie.

–Debiste haber aguantado mucho, Jacob –comentó Scrooge, en tono serio, aunque con humildad y deferencia.

–¡Aguantar! –repitió el fantasma.

–Siete años muerto –musitó Scrooge–. ¿Y viajando todo el tiempo?

–Todo el tiempo –dijo el fantasma–. Sin descanso, sin paz. Una incesante tortura de remordimiento.

–¿Viajabas rápido? –preguntó Scrooge.

–En las alas del viento –replicó el espectro.

–Debiste haber recorrido gran cantidad de tierra en siete años –dijo Scrooge.

El fantasma, al escuchar esto, lanzó otro grito, y sacudió la cadena de forma tan espantosa en el silencio mortal de la noche, que los guardias nocturnos hubieran tenido razones suficientes para detenerlo por alborotador.

–¡Oh!, cautivo, restringido, y doblemente encadenado –gritó el fantasma–, sin saber que, para que esta tierra llegue a la eternidad antes de que se desarrolle todo el bien del que es capaz, deben pasar siglos de labor

incesante por parte de las criaturas inmortales. Sin saber que cualquier espíritu cristiano obrando bondadosamente en su pequeña esfera, cualquiera que esta sea, encontrará su vida mortal demasiado corta para sus vastas posibilidades de ayuda. ¡Sin saber que ningún espacio para el arrepentimiento puede enmendar las desaprovechadas oportunidades en la vida de uno! ¡Así era yo! ¡Oh! ¡Así era yo!

–Pero tú siempre fuiste un buen hombre de negocios, Jacob –murmuró Scrooge, quien ahora empezaba a aplicar todo esto a sí mismo.

–¡Negocios! –gritó el fantasma, retorciendo de nuevo las manos–. Mi negocio fue la humanidad. El bien común era mi negocio; la caridad, la piedad, la clemencia y la benevolencia, todas fueron mi negocio. ¡Las transacciones de mi comercio no fueron sino una gota de agua en el extenso océano de mis negocios!

Levantó la cadena estirando los brazos, como si esta fuera la causa de todo su vano dolor, y la dejó caer de nuevo pesadamente contra el piso.

–En esta época del año en curso –dijo el espectro– sufro más que nunca. ¿Por qué caminaba por entre la multitud de mis semejantes con los ojos bajos y nunca los elevé hacia aquella bendita Estrella que condujo a los sabios hacia una pobre cabaña? ¡No había entonces ho-

gares pobres hacia los que su luz me hubiera conducido!

Scrooge se sentía consternado al escuchar hablar así al espectro y empezó a temblar de manera exagerada.

–¡Escúchame! –gritó el fantasma–. Mi tiempo ya casi se agota.

–Te escucharé –dijo Scrooge–. ¡Pero no seas muy duro conmigo! ¡No seas tan florido, Jacob! ¡Te lo suplico!

–Cómo es que ahora me aparezca ante ti en una forma que me puedas ver, no podría decirlo. He permanecido invisible al lado tuyo durante muchos, muchos días.

No era una idea muy agradable. Scrooge se estremeció y se secó el sudor de la frente.

–No existe parte liviana en mi penitencia –siguió el fantasma–. Estoy aquí esta noche para advertirte que aún tienes una oportunidad y una esperanza para escapar a un destino como el mío. Una oportunidad y una esperanza que yo te puedo ofrecer, Ebenezer.

–Siempre fuiste un buen amigo para mí –dijo Scrooge–. ¡Gracias!

–Recibirás la visita –continuó el fantasma–, de tres espíritus.

El semblante de Scrooge se desplomó casi tanto como le había pasado al fantasma.

–¿Son esas la oportunidad y la esperanza que mencionaste, Jacob? –preguntó, con voz titubeante.

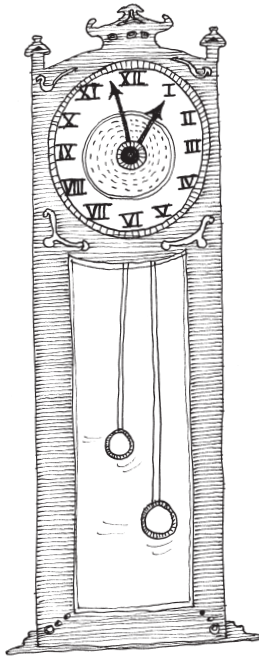
Canción de Navidad

–Así es.

–Yo... yo hubiera preferido que no lo fueran –dijo Scrooge.

–Sin estas visitas –dijo el fantasma–, no tendrás la esperanza de apartarte de la senda que yo sigo. Espera al primero mañana, cuando la campana marque la una.

–¿No podría recibirlos a todos al tiempo, y acabar de una vez, Jacob? –insinuó Scrooge.



–Espera al segundo a la noche siguiente y a la misma hora. Al tercero a la otra noche cuando la última de las doce campanadas deje de vibrar. No volverás a verme, y procura, por tu propio bien, ¡recordar todo lo que ha sucedido entre nosotros!

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, el espectro tomó el pañuelo que estaba sobre la mesa y lo envolvió alrededor de su cabeza, como antes. Scrooge lo supo por el ruido seco que hicieron sus dientes, cuando el pañuelo ajustó una vez más las mandíbulas. Se aventuró a levantar los ojos de nuevo y encontró a su sobrenatural visitante encarándolo con actitud erguida, con la cadena enrollada alrededor del brazo.

La aparición empezó a alejarse caminando de espaldas, y a cada paso que daba, la ventana se abría poco a poco, de tal forma que cuando el espectro la alcanzó ya esta abierta de par en par. Le hizo señas a Scrooge para que se acercara y éste obedeció. Cuando se encontraban a dos pasos de distancia uno del otro, el fantasma de Marley levantó la mano, advirtiéndole que no se acercara más. Scrooge se detuvo.

Y no lo había hecho tanto por obedecer sino por sorpresa y temor, pues cuando la mano se levantó comenzó a percibir confusos ruidos en el aire; incoherentes sonidos de lamentos y pesar, gemidos inexpresivamente

tristes y de culpa. El espectro, después de escuchar atento por un instante, se unió al lamento, y salió flotando hacia la desolada y oscura noche.

Scrooge se lanzó hacia la ventana, impulsado por la curiosidad. Miró afuera.

El aire estaba lleno de fantasmas, que vagaban de un lado a otro con una prisa intranquila, mientras gemían al pasar. Todos arrastraban cadenas como las que llevaba el fantasma de Marley; algunos (debían ser gobernantes culpables) estaban encadenados juntos; ninguno estaba libre de las cadenas. A varios Scrooge los había conocido en vida. Había sido bastante amigo de un viejo fantasma, que llevaba un chaleco blanco, con una monstruosa caja fuerte atada a su tobillo, que lloraba lastimosamente al verse incapaz de ayudar a una desdichada mujer con un niño que veía abajo, en el umbral de una puerta. La pena que los afligía a todos, evidentemente, era que intentaban interferir, para bien, en los asuntos humanos, habiendo perdido para siempre este poder.

Scrooge no podía decir si estas criaturas se desvanecían en la niebla o si la niebla las envolvía. Pero tanto ellas como sus fantasmales voces se desvanecieron al mismo tiempo, y la noche volvió a ser como cuando él llegó a su casa.

Scrooge cerró la ventana y examinó la puerta por donde había entrado el fantasma. Estaba cerrada con doble llave, tal y como él mismo la había cerrado, y los cerrojos estaban intactos. Intentó decir “¡Tonterías!” pero se detuvo en la primera sílaba. Y sintiendo gran necesidad de reposo, ya fuera por la emoción que había padecido, o por las fatigas del día, o por su mirada hacia el Mundo Invisible, o por la sombría conversación con el fantasma, o por lo tarde de la hora, fue derecho a la cama, sin desvestirse, y cayó dormido de inmediato.

El primero de los tres espíritus

CUANDO Scrooge se despertó, estaba tan oscuro que, al mirar desde la cama, escasamente pudo distinguir la ventana transparente de las opacas paredes de su cuarto. Estaba esforzándose por penetrar la oscuridad con sus ojos de hurón, cuando las campanas de la iglesia vecina dieron los cuatro cuartos. Así que estuvo atento a la hora.

Para su gran sorpresa la campana mayor pasó de las seis a las siete, y de las siete a las ocho, y así, regularmente, hasta las doce, y después se detuvo. ¡Las doce! Eran las dos pasadas cuando se fue a la cama. El reloj se equivocaba. Algún carámbano de hielo se habría metido en su mecanismo. ¡Las doce!

Tocó el resorte de su reloj de repetición, para corregir este ridículo aparato. Sus breves y rápidas pulsaciones marcaron las doce, y se detuvo.

–Pero, no es posible –dijo Scrooge–, que haya podido

dormir a lo largo de todo un día y hasta bien entrada la noche. ¡No es posible que algo le haya sucedido al sol y que ahora sean las doce del mediodía!

Como se trataba de una idea alarmante, salió con dificultad de la cama, y caminó a tientas hasta la ventana. Tuvo que frotar el hielo con la manga de su bata antes de poder ver algo, e incluso entonces no pudo ver gran cosa. Todo lo que pudo vislumbrar fue que aún había mucha niebla y que seguía estando terriblemente frío, y que no había ruidos de gente corriendo de un lado a otro, armando un gran bullicio, como indudablemente habría sucedido si la noche hubiera vencido al luminoso día y tomara posesión del mundo entero. Esto significó un gran alivio, pues el “hágase efectivo este pagaré en los tres próximos días a nombre del Sr. Ebenezer Scrooge o a quien ordene”, etcétera, etcétera, se convertiría en un simple título sin valor si ya no existieran más días para contar.

Scrooge regresó a la cama, y pensó, y pensó, y pensó una y otra vez, y no pudo sacar nada en claro al respecto. Entre más pensaba, más perplejo quedaba; y entre más se esforzaba por no pensar, más pensaba. El fantasma de Marley lo incomodaba sobremedida. Cada vez que decidía interiormente, después de una madura reflexión, que todo era un sueño, su mente regresaba

una vez, como un potente resorte suelto, a su posición inicial y le planteaba el mismo problema a resolver: “¿Era un sueño o no?”

Scrooge permaneció en este estado hasta que las campanas dieron tres cuartos más; entonces recordó, de repente, que el fantasma le había advertido de una visita cuando la campana diera la una. Resolvió continuar despierto hasta que pasara la hora y, considerando que habría sido más fácil dormir que entrar al Cielo, esta fue quizás la resolución más prudente que tenía en su poder.

El cuarto de hora resultó tan largo que más de una vez se convenció de haber dormitado inconcientemente y no haber escuchado el reloj. Al final repicó en su atento oído.

–¡Ding, dong!

–Pasó un cuarto –dijo Scrooge, contando.

–¡Ding, dong!

–¡Pasó media! –dijo Scrooge.

–¡Ding, dong!

–Falta un cuarto –dijo Scrooge.

–¡Ding, dong!

–Ya es la hora –dijo Scrooge, triunfante–, y ¡nada más!

Habló antes de que sonara la campana del reloj, que

daba ahora la profunda, sombría, sorda y melancólica UNA. La luz relampagueó un instante en el cuarto y las cortinas de su cama se descorrieron.

Las cortinas de su cama se descorrieron, como les dije, por una mano. Y no las cortinas a sus pies, ni tampoco las cortinas a su espalda, sino las cortinas hacia las que miraba su cara. Las cortinas de su cama se descorrieron, y Scrooge, quedando recostado a medias, se encontró cara a cara con el sobrenatural visitante que las había descorrido: tan cerca como me hallo ahora de ti, mientras me encuentro en espíritu a tu lado.

Se trataba de una figura extraña, como un niño; aunque más que un niño parecía un hombre viejo, visto a través de un medio sobrenatural que le daba la apariencia de haberse alejado de la vista, para quedar reducido a las proporciones de un niño. El pelo, que le caía por el cuello y por la espalda, era blanco como a causa de la edad, y, aún así, el rostro no tenía una sola arruga, y había en su piel la más tierna lozanía. Los brazos eran muy largos y musculosos; las manos lo mismo, como si su agarre fuera de una fuerza anormal. Sus piernas y pies, delicadamente formados, estaban, como sus miembros superiores, desnudos. Llevaba puesta una túnica del blanco más puro, y alrededor de la cintura llevaba un luminoso cinturón, cuyo brillo era hermoso.

Sostenía en la mano una rama fresca de acebo, y, como singular contradicción con este emblema invernal, llevaba la túnica adornada con flores de verano. Pero la cosa más extraña era que, de la corona que ceñía su cabeza, brotaba un resplandeciente chorro de luz, bajo el que todo quedaba visible; sin duda por esta razón debía usar como gorro, en sus momentos más sombríos, un inmenso extintor de velas y que ahora llevaba bajo el brazo.

Pero incluso esta, cuando Scrooge lo observó con fijeza creciente, *no* era su cualidad más extraña. Pues así como su cinturón centelleaba y rutilaba primero en una parte y después en otra, y donde en un instante había luz en el siguiente estaba oscuro, así su figura fluctuaba en su claridad: pasando a ser primero una cosa con un brazo, enseguida a una con una pierna, después a una con veinte piernas, después a un par de piernas sin cabeza, después a una cabeza sin cuerpo; y de estos fragmentos disueltos, ninguna silueta resultaba visible, al interior de esta densa oscuridad donde los fragmentos se disolvían. Y lo más asombroso de todo, era que la figura volvía a surgir, tan nítida y clara como antes.

—¿Es usted, señor, el Espíritu cuya llegada me fue anunciada? —preguntó Scrooge.

—¡Lo soy!

La voz era suave y dulce. Particularmente baja, como si en lugar de encontrarse muy cerca al lado suyo, estuviera en la distancia.

–¿Quién y qué es usted? –preguntó Scrooge.

–Soy el Fantasma de las Navidades Pasadas.

–¿Las Navidades de hace tiempo? –preguntó Scrooge, observando su reducida estatura.

–No. Las Navidades pasadas tuyas.

Si alguien le hubiera preguntado, quizás Scrooge no habría podido decir por qué, pero tuvo un deseo especial por ver al Espíritu con el gorro, y entonces le imploró que se cubriera.

–¡Cómo! –exclamó el Fantasma–, ¿tan pronto piensas apagar, con manos terrenales, la luz que doy? ¿No es suficiente que seas uno de estos cuyas pasiones crearon este gorro, forzándome a llevarlo sobre la frente durante miles de años?

Scrooge negó con reverencia toda intención de ofensa o tener conocimiento de haber “enfundado” voluntariamente al Espíritu en alguna época de su vida. Después se arriesgó a preguntarle qué asuntos lo traían por estos lados.

–¡Tu bienestar! –contestó el Fantasma.

Scrooge expresó sentirse muy agradecido, pero no pudo evitar pensar que una noche de descanso

ininterrumpido se habría correspondido mejor con ese propósito. El Espíritu tuvo que haberlo escuchado, pues repuso de inmediato:

–Reclamas, entonces. ¡Pon atención!

Extendió su poderosa mano mientras hablaba y lo tomó suavemente del brazo.

–¡Levántate! ¡Ven conmigo!

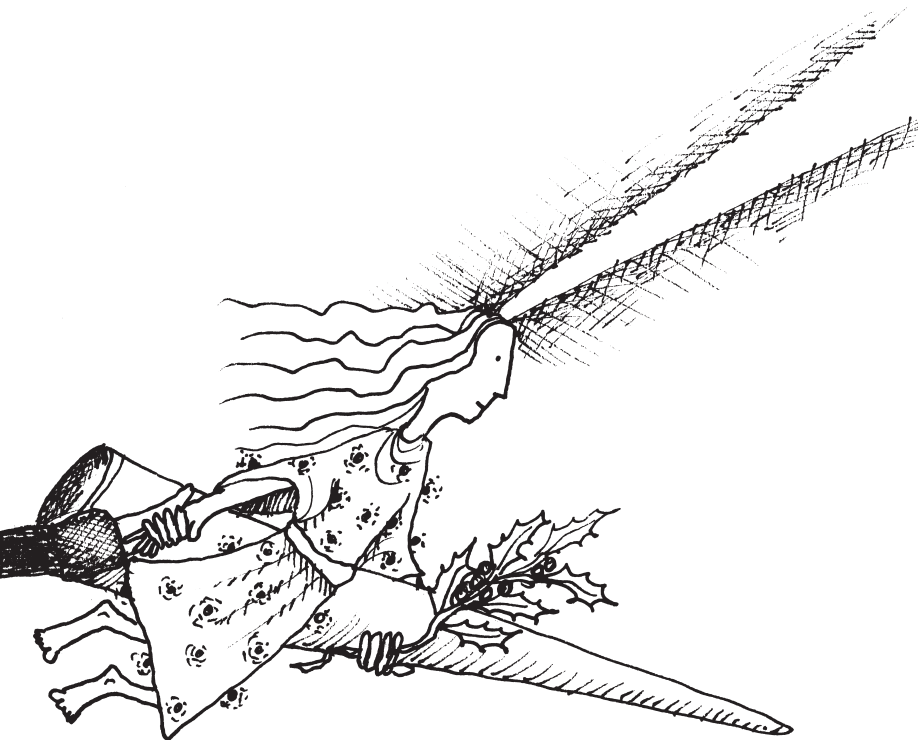
Hubiera sido en vano que Scrooge rogara que ni el tiempo ni la hora eran los más adecuados para sus propósitos peatonales; que la cama estaba caliente y el termómetro varios grados bajo cero; que él se encontraba vestido apenas con las pantuflas, la bata y el gorro de dormir, y que en ese momento tenía un resfriado. Al apretón, aunque suave como el de una mujer, no se le podía poner resistencia. Se puso de pie, pero al descubrir que el Espíritu se dirigía hacia la ventana, agarró suplicante su túnica.

–Soy un mortal –protestó Scrooge–, y corro el riesgo de caer.

–Deja que mi mano te toque *ahí* –dijo el Espíritu, posándola sobre el corazón de Scrooge–, ¡y te sostendrás por encima de algo peor que esto!

Una vez pronunciadas estas palabras, atravesaron la pared y se encontraron en un camino rural, con prados a lado y lado. La ciudad se había esfumado completamente.





No se veía ningún vestigio de la misma. La oscuridad y la niebla también habían desaparecido con la ciudad, pues hacía un día de invierno claro y frío, con la nieve cubriendo el suelo.

–¡Santo Cielo! –dijo Scrooge, enlazando las manos mientras observaba a su alrededor–. Fui criado en este lugar. ¡Aquí fui niño!

El Espíritu lo observó dulcemente. Su gentil contacto, a pesar de haber sido leve e instantáneo, parecía aún influir sobre la sensibilidad del viejo. Scrooge fue entonces conciente de un millar de olores flotando en el aire, cada uno conectado con un millar de pensamientos y esperanzas y dichas e inquietudes ¡olvidadas muchísimo tiempo atrás!

–Tus labios están temblando –dijo el Fantasma–. ¿Y qué es eso en tu mejilla?

Scrooge murmuró, con un inusual encanto en la voz, que se trataba de un grano; y le rogó al Fantasma que lo llevara donde quisiera.

–¿Recuerdas el camino? –preguntó el Espíritu.

–¡Recordarlo! –exclamó Scrooge con fervor–. Podría recorrerlo a ciegas.

–¡Extraño que lo hayas olvidado por tantos años!

–observó el Fantasma–. Continuemos.

Avanzaron por el camino; Scrooge reconocía cada puerta, cada poste, cada árbol; hasta cuando una pequeña aldea comercial apareció en la distancia, con su puente, su iglesia y su sinuoso río. Vieron entonces algunos ponis peludos trotando hacia ellos, con muchos montados sobre sus lomos, que les gritaban a otros muchachos en calesas y carretas conducidas por campesinos. Todos estos muchachos se veían muy contentos y

se gritaban unos a otros, hasta que los amplios campos quedaron llenos de una música tan alegre que el vigorizante aire se contentaba al escucharla.

–Sólo son sombras de las cosas que han sido –dijo el Fantasma–. No tienen ninguna conciencia de nosotros.

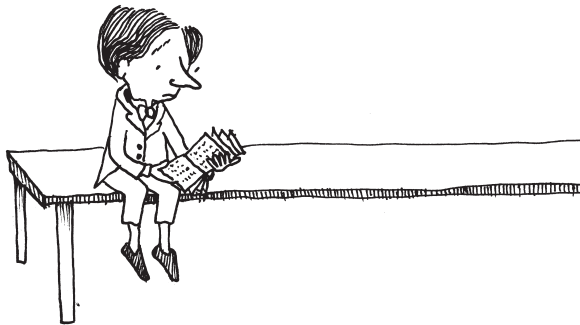
Los jocosos viajeros avanzaban; a medida que pasaban, Scrooge conocía y nombraba a todos y cada uno de ellos. ¿Por qué se alegraba más allá de todo límite al verlos? ¿Por qué brillaba su mirada fría y saltaba de gozo su corazón mientras pasaban? ¿Por qué se llenaba de gozo cuando los escuchó desearse mutuamente Feliz Navidad, en el momento de separarse en las encrucijadas y los desvíos hacia sus respectivos hogares? ¿Qué era al fin y al cabo la Navidad para Scrooge? ¿Fuera con la Feliz Navidad! ¿Qué provecho le había brindado alguna vez?

–La escuela no está del todo vacía –dijo el Fantasma–. Un niño solitario, desairado por sus compañeros, aún permanece allí.

Scrooge contestó que lo sabía. Y sollozó.

Abandonaron el camino principal por un sendero bien recordado y llegaron pronto a una mansión de ladrillo rojo oscuro, con una pequeña cúpula coronada por una veleta y una campana colgante. Era una casa grande, pero una con mala suerte, pues las espaciaosas

oficinas estaban en desuso, las paredes estaban húmedas y mohosas, las ventanas rotas, y las puertas deterioradas. Las aves de corral cloqueaban y se pavoneaban en los establos, y las cocheras y los cobertizos estaban invadidos por la maleza. Tampoco retenía nada de su pasado estado, pues al entrar al sombrío vestíbulo y al echar un vistazo por las abiertas puertas de las múltiples habitaciones, las encontraron pobremente amuebladas, frías e inmensas. Había en el aire un olor a tierra, una fría desnudez que se asociaba de alguna forma con muchas levantadas a la luz de las velas y con muy poco para comer.



Canción de Navidad

Avanzaron, el Fantasma y Scrooge, por el vestíbulo hasta una puerta en la parte trasera de la casa. Se abrió ante ellos y dejó ver una habitación larga, vacía y melancólica, y a la que hacían ver aún más desnuda una gran cantidad de pupitres y escritorios. En uno de los escritorios, había un muchacho leyendo al lado de un débil fuego, y entonces Scrooge se sentó en uno de los pupitres y lloró al verse a sí mismo en aquella pobre y olvidada criatura, tal y como él solía ser. Incluso el eco latente en la casa, como el chillido y los ruidos de los ratones detrás del artesonado de las paredes, o el goteo



de la canal medio congelada en el sombrío patio trasero, o el suspiro entre las ramas desnudas del álamo caído, o el despreocupado vaivén de la puerta de un vacío almacén, y aún incluso, el chisporroteo en la chimenea, incidieron sobre el corazón de Scrooge ablandándolo suavemente y dieron vía libre a sus lágrimas.

El Espíritu le rozó el brazo, y señaló a su ser más joven, absorto en la lectura. De repente un hombre, con un extraño traje, maravillosamente real y visible, apareció al otro lado de la ventana, con un hacha sujeta al cinturón y llevando de la brida a un asno cargado de leña.

—¡Por Dios! ¡Si es Alí Babá! —exclamó Scrooge emocionado—. ¡Es el viejo, querido y honrado Alí Babá! ¡Sí, sí, lo sé! Una vez en Navidad, cuando aquel niño solitario fue dejado aquí abandonado, él *apareció*, por primera vez, así como ahora. ¡Pobre muchacho! Y Valentín —continuó Scrooge—, y su salvaje hermano, Orson, ¡ahí van! Y cómo se llama, aquel que dejaron dormido, en ropa interior, a las puertas de Damasco, ¡no lo ve! Y el mayordomo del Sultán, puesto patas arriba por los genios, ¡ahí sigue de cabeza! Bien hecho. Me alegro. ¡Qué tenía que hacer casándose con la Princesa!

Escuchar a Scrooge haciendo uso de toda su seriedad natural en estos temas, con una voz de lo más extraor-

dinaria, entre risa y llanto, y observar su rostro alterado y excitado, hubiera resultado toda una sorpresa para sus amigos comerciantes en la ciudad, sin lugar a dudas.

–¡Allí está el loro! –gritó Scrooge–. Cuerpo verde y cola amarilla, con una cosa parecida a una lechuga creciéndole encima de la cabeza, ¡ahí está! Pobre Robin Crusoe, le dijo cuando este regresaba a la casa después de haber navegado alrededor de la isla. “Mi pobre Robin Crusoe, ¿dónde has estado, Robin Crusoe?”. El hombre creyó que soñaba, pero no era así. Era el loro, ¿sabe? ¡Ahí va también Viernes, corriendo hacia el riachuelo para salvar su vida! ¡Vamos! ¡Salta! ¡Vamos!

Entonces, con una inmediata transición muy extraña para su carácter habitual, dijo, apiadándose de su anterior ser: “¡Pobre muchacho!”, y lloró de nuevo.

–Desearía... –murmuró Scrooge, metiendo la mano en el bolsillo, y miró a su alrededor, después de secarse los ojos con la manga–: pero ya es demasiado tarde.

–¿Qué sucede? –preguntó el Espíritu.

–Nada –contestó Scrooge–. Nada. Anoche había un muchacho cantando una canción de Navidad ante mi puerta. Desearía haberle dado algo, es todo.

El Fantasma sonrió pensativo y movió la mano al tiempo que decía:

–¡Veamos otra Navidad!

La figura infantil de Scrooge empezó a crecer con estas palabras, y la habitación se volvió más oscura y sucia. Los entrepaños se encogieron, las ventanas crujieron; pedazos de yeso cayeron del techo, y las vigas quedaron al descubierto; pero cómo era que estaba sucediendo todo esto, Scrooge lo sabía menos que tú, lector. Él sólo sabía que todo era verdadero, que las cosas habían sucedido así; que ahí estaba él, de nuevo solo, mientras todos los otros muchachos habían ido a sus hogares para unas divertidas vacaciones.

Esta vez no se encontraba leyendo, sino caminando desesperadamente de un lado a otro. Scrooge observó al Fantasma, y sacudiendo tristemente la cabeza, miró con ansiedad hacia la puerta.

Esta se abrió; y entonces una niña, mucho más joven que el muchacho, entró precipitadamente, le echó los brazos al cuello y sin dejar de besarlo los llamó “Querido, querido hermano”.

–¡He venido para llevarte a casa, querido hermano!
–dijo la niña, aplaudiendo con sus pequeñas manos y doblándose de la risa–. ¡Para llevarte a casa, a casa!

–¿A la casa, mi pequeña Fan? –preguntó el muchacho.

–¡Sí! –contestó la niña, rebotando de gozo–. A la casa, de una vez por todos. A la casa, para siempre. Papá ahora es mucho más amable de lo que solía ser, ¡tanto que

la casa es como el Paraíso! Me habló tan cariñosamente una noche cuando me fui a acostar que no tuve miedo en preguntarle una vez más si tú podrías venir a casa; y dijo que sí, que deberías venir; entonces me envió en un coche a llevarte. ¡Y vas a ser todo un hombre! –dijo la niña. Abriendo los ojos–. Y nunca tendrás que volver aquí. Pero lo más importante es que los dos vamos a estar juntos todas las Navidades y tendremos la época más feliz en todo el mundo.

–¡Eres toda una mujer, pequeña Fan! –exclamó el muchacho.

Ella volvió a aplaudir y sonrió, e intentó tocar su cabeza; pero al ser demasiado pequeña, volvió a reír, y permaneció en puntas de pie para abrazarlo. Enseguida empezó a arrastrarlo, con su impaciencia infantil, hacia la puerta; y él, de buena gana, la acompañó.

Una terrible voz gritó en el vestíbulo:

–¡Bajen el baúl del Señor Scrooge!

Y apareció en el vestíbulo el director del colegio en persona, quien observó al joven Scrooge con furiosa condescendencia y lo dejó en un terrible estado de ánimo cuando le estrechó la mano. Después los condujo a él y a su hermana hasta el más viejo y glacial salón que se hubiera visto nunca, donde los mapas que colgaban de las paredes y los globos celestes y terráqueos en las

ventanas estaban cerosos del frío. Sacó entonces una garrafa de un vino particularmente suave y un trozo de pastel particularmente duro y ofreció porciones de estas golosinas a los dos jóvenes. Al mismo tiempo, ordenó a un escuálido sirviente que le sirviera un vaso de “algo” al cochero, quien respondió que le agradecía al caballero, pero que si era del mismo barril del que había probado antes, prefería no beber nada. Una vez que el baúl del joven Scrooge quedó amarrado arriba del coche, los dos jóvenes se despidieron de buena gana del director y, subiéndose al coche, bajaron felizmente alrededor del jardín; las veloces ruedas levantaron como un riego la escarcha y la nieve de las oscuras hojas de las siemprevivas.

–Siempre una criatura delicada, a quien cualquier aliento pudo haber marchitado –comentó el Fantasma–. ¡Pero tenía un gran corazón!

–Lo tenía –exclamó Scrooge–. Tiene razón. No lo voy a contradecir, Espíritu. ¡Dios no lo permita!

–Murió ya mujer –dijo el Fantasma–, y tuvo, creo, hijos.

–Un niño –repuso Scrooge.

–Es verdad –dijo el Fantasma–. ¡Tu sobrino!

Scrooge pareció desasosegado y sólo dijo:

–Sí.

Aunque apenas un instante antes habían dejado el colegio atrás, se encontraban ahora en mitad de las bulliciosas calles de una ciudad, donde indefinidos transeúntes pasaban de un lado a otro; donde borrosos coches y carruajes luchaban por la vía, y donde sucedía todo el trajín y el tumulto de una verdadera ciudad. Resultaba bastante evidente que, por los adornos en los almacenes, aquí también era otra vez Navidad; pero era de noche y las calles estaban iluminadas.

El Fantasma se detuvo frente a la puerta de un almacén y le preguntó a Scrooge si lo conocía.

—¡Conocerlo! —exclamó Scrooge—. ¿No fui aquí aprendiz?

Entraron. Al ver a un hombre viejo con una gorra, sentado detrás de un escritorio tan alto que de haber medido un par de pulgadas más su cabeza golpearía el techo, Scrooge exclamó con gran excitación:

—¡Por Dios! Si es el viejo Fezziwig ¡Bendito sea! ¡Es Fezziwig de nuevo vivo!

El viejo Fezziwig dejó a un lado la pluma y miró el reloj arriba, que marcaba las siete en punto. Se frotó las manos, se ajustó el amplio abrigo, se sacudió de risa, desde los zapatos hasta el órgano de la benevolencia en la parte superior de la frente, y dijo con agradable, zalamera, sonora, gruesa y jovial voz:

–¡Oigan! ¡Ustedes! ¡Ebenezer! ¡Dick!

El pasado ser de Scrooge, ahora un hombre maduro, entró rápido, acompañado por el otro aprendiz.

–¡Dick Wilkins, sin lugar a dudas! –dijo Scrooge al Fantasma–. Dios me bendiga, sí. Es él. Me tenía mucho cariño, ¡el pobre Dick! ¡Oh, querido!

–Jo, jo, ¡mis muchachos! –dijo Fezziwig–. No más trabajo por esta noche. ¡Nochebuena, Dick. Navidad, Ebenezer! ¡Cerremos! –exclamó el viejo Fezziwig, dando una repentina palmada –. ¡Antes de que alguien diga amén!

¡Nadie creería cómo estos dos muchachos se lanzaron a la tarea! Salieron a la calle con las contraventanas: uno, dos tres; las pusieron en sus sitios: cuatro, cinco, seis; pusieron las barras y las ajustaron: siete, coche, nueve; y regresaron antes de que alguien hubiera podido contar hasta doce, jadeando como caballos de carreras.

–¡Yiujú! –gritó el viejo Fezziwig, brincando del pupitre con agilidad sorprendente–. ¡Despejen todo, mis muchachos, y abramos mucho espacio aquí! ¡Yiujú, Dick! ¡Arriba, Ebenezer!

¡Despejar! No había nada que no hubieran despejado, o que no hubieran podido despejar, con el viejo Fezziwig vigilándolos. Lo hicieron en un minuto. Todos

los muebles quedaron a un lado, como si hubieran quedado apartados del servicio público para siempre; barrieron y lavaron el piso, limpiaron las lámparas, echaron combustible en la chimenea; y el almacén quedó como todo un salón de baile cómodo, cálido, seco y reluciente, como cualquiera lo hubiera deseado encontrar en una noche de invierno.

Apareció un violinista con un libro de partituras, y se subió al elevado escritorio, lo transformó en una orquesta completa y lo afinó como si sonaran cincuenta retortijones de estómago. Llegó la Sra. Fezziwig, una reconfortante y amplia sonrisa. Aparecieron las tres señoritas Fezziwig, radiantes y encantadoras. Llegaron después los seis enamorados a los que ellas les habían roto el corazón. Llegaron los jóvenes y las muchachas empleados en el negocio. Llegó la criada, con su primo, el panadero. Llegó la cocinera, con el mejor amigo de su hermano, el lechero. Llegó el muchacho de enfrente, de quien se sospechaba no recibía suficiente pensión por parte de su señor, tratando de esconderse detrás de la muchacha que vivía en una de las casas de al lado, a quien se le había probado que su ama le jalaba las orejas. Llegaron todos, uno detrás del otro; algunos tímidamente, otros con descaro, algunos con gracia, otros con torpeza, algunos empujando, otros halando; todos

llegaron, de alguna forma u otra. Y allá siguieron todos, veinte parejas de una sola vez, las manos haciendo media ronda y de nuevo hacia el otro lado, abajo hacia el centro y otra vez hacia arriba, dando más y más vueltas en distintos grados de afectuoso agrupamiento; la vieja pareja a la cabeza siempre girando en el lugar equivocado; la nueva pareja a la cabeza empezando de nuevo, tan pronto como llegaban allí; finalmente todas las parejas en la cabecera y ninguna atrás para ayudarles. Cuando se llegó a este resultado, el viejo Fezziwig, dando palmas con las manos para detener el baile, gritó: “¡Bien hecho!” y el violinista hundió su acalorado rostro en una olla de cerveza negra, puesta allí para ese propósito. Pero desdeñando el descanso para aparecer de nuevo, empezó enseguida a tocar una vez más, aunque aún no había bailarines, como si el otro violinista anterior hubiera sido llevado, exhausto, a la casa en una contraventana, y él ahora fuera un hombre completamente nuevo, dispuesto a hacerlo desaparecer o a perecer.

Hubo más bailes, y hubo juegos de prendas, y más bailes, y torta, y hubo sangría, y hubo un gran trozo de rosbif, y otro gran pedazo de cocido, y pasteles de fruta, y gran cantidad de cerveza. Pero el gran suceso de la noche vino después del rosbif y el cocido, cuando el violinista (un tipo habilidoso, ¡ojo! ¡La clase de hombre

que conocía su oficio mejor de lo que ustedes o yo hubiéramos podido decirlo!) empezó a tocar “Sir Roger de Coverley”. Entonces el viejo Fezziwig se lanzó a bailar con la Sra. Fezziwig. Otra pareja a la cabeza, con no poco trabajo, entre veintitrés o veinticuatro parejas; gente con la que no se podía bromear, gente que *hubiera* bailado, así no tuviera ninguna noción de caminar.

Pero así hubieran sido el doble, o cuatro veces más, el viejo Fezziwig hubiera sido un buen partido para todos, así como también la Sra. Fezziwig. En cuanto a ella, era digna de ser su pareja en todo el sentido de la palabra. Si este no es el máximo elogio, díganme uno mayor, para usarlo. Una verdadera luz parecía brotar de las pantorrillas de Fezziwig. Brillaban en cada rincón de la danza como lunas. Uno no hubiera podido predecir, en un momento dado, qué pasaría con estas al momento siguiente. Y cuando el viejo Fezziwig y la Sra. Fezziwig realizaron todos los pasos del baile –adelante y atrás, tomar la mano de la pareja, inclinación y reverencia, espiral, trenzado, y regresar al puesto–, el viejo Fezziwig hizo un “corte” en el aire, con tanta destreza, que pareció como si hubiera hecho un guiño con las piernas, cayendo de nuevo al piso sobre los pies sin tambalearse.

Cuando el reloj dio las onces, este baile doméstico concluyó. El Sr. y la Sra. Fezziwig tomaron de nuevo su

sitio, uno a cada lado de la puerta, y estrechándole individualmente la mano a cada una de las personas que iban saliendo, les deseaban una Feliz Navidad. Cuando todo el mundo se retiró, excepto los dos aprendices, hicieron lo mismo con ellos; y así las alegres voces se fueron apagando y los dos muchachos se fueron a sus camas, que se encontraban bajo el mostrador en la trastienda.

Durante todo este tiempo, Scrooge había actuado como un hombre fuera de sí. Su corazón y su alma estaban presentes en la escena, con su antiguo ser. Corroboró todo, recordó todo, disfrutó todo y experimentó la más extraña agitación. No fue hasta ese momento, cuando los rostros radiantes de su antiguo ser y de Dick se dieron la vuelta, que recordó al Fantasma, dándose cuenta de que este lo observaba detenidamente, mientras la luz sobre su cabeza ardía con total claridad.

–Poca cosa –dijo el Fantasma–, para hacer que estas gentes simples se llenen de gratitud.

–¡Poca cosa! –repitió Scrooge, como un eco.

El Espíritu le hizo señas para que escuchara a los dos aprendices, que volcaban sus corazones alabando a Fezziwig; cuando Scrooge obedeció le dijo:

–¡Por Dios! ¿No es poca cosa? Fezziwig no ha gastado más de unas pocas libras de tu dinero terrenal: tres o

cuatro, tal vez. ¿Es tanto como para que se merezca estos elogios?

–No se trata de eso –replicó Scrooge, indignado por el comentario, hablando de manera inconciente como su antiguo ser y no como el presente–. No se trata de eso, Espíritu. Él tiene el poder de hacernos felices o infelices; de hacer nuestro trabajo liviano o fastidioso, un placer o una fatiga. Se puede decir que su poder se basa en palabras y miradas, en cosas tan pequeñas e insignificantes que es imposible sumarlas y contarlas; ¿qué importa? La felicidad que proporciona es tan grande como si costara igual que una fortuna.

Sintió la mirada del Espíritu y dejó de hablar.

–¿Qué sucede? –preguntó el Fantasma.

–Nada en particular –contestó Scrooge.

–Pasa algo, ¿no? –insistió el Fantasma.

–No –dijo Scrooge–. No. ¡Me gustaría poder decirle un par de cosas a mi escribiente en este preciso momento! Eso es todo.

Mientras pronunciaba el deseo, su antiguo ser apagaba las lámparas. Entonces Scrooge y el Fantasma se encontraron de nuevo lado a lado al aire libre.

–Se me agota el tiempo –dijo el Espíritu–. ¡Rápido!

La orden no fue dirigida a Scrooge, ni a nadie a quien él pudiera ver, pero produjo un efecto inmediato. Pues

Scrooge volvió a verse a sí mismo. Ahora estaba más viejo: un hombre en la flor de la vida. Su rostro no tenía las duras y tensas líneas de los años futuros; pero había empezado a mostrar las señales de la inquietud y la avaricia. Había en su mirada un movimiento ansioso, ávido, intranquilo, que mostraba la pasión que ya había echado raíces, y donde iría a caer la sombra del árbol en crecimiento.

No se encontraba solo, sino que estaba al lado de una linda muchacha vestida de luto: había lágrimas en sus ojos, que brillaban bajo la luz que brotaba del Espíritu de las Navidades Pasadas.

–Importa poco –dijo ella, con delicadeza–. A ti, te importa muy poco. Otro ídolo me ha desplazado; y si este puede alegrarte y reconfortarte en el futuro, como yo hubiera intentado hacerlo, no tengo razón para afligirme.

–¿Cuál ídolo te ha desplazado? –replicó él.

–Uno de oro.

–¡Es el comercio imparcial del mundo! –dijo él–. No hay nada con lo que sea más severo que la pobreza; y no hay nada que declare condenar con mayor severidad que el afán de riqueza!

–Temes demasiado al mundo –contestó ella, amablemente–. Todas tus esperanzas se han fundido en la

esperanza de estar más allá del alcance de su sórdido reproche. He visto caer tus nobles aspiraciones una a una, hasta que la pasión mayor, el Lucro, te absorba. ¿No es así?

–¿Y entonces? –replicó él–. Incluso si me he convertido en alguien más sabio, ¿entonces qué? Yo no he cambiado respecto a ti.

Ella negó con la cabeza.

–¿He cambiado?

–Nuestro compromiso es viejo. Lo hicimos cuando los dos éramos pobres y nos sentíamos contentos de serlo hasta que, en el momento propicio, pudiéramos aumentar nuestra fortuna terrenal gracias a nuestro paciente trabajo. Tú *has* cambiado. Cuando hicimos el compromiso, eras un hombre diferente.

–Era un muchacho –contestó él con impaciencia.

–Tus propios sentimientos te dicen que no eras lo que eres ahora –contestó ella–. Yo sí. Aquella prometida felicidad cuando éramos un único corazón se ha cargado de miseria ahora que somos dos. No te diré cuán a menudo y con cuánta intensidad he reflexionado en esto. Resulta suficiente que lo *haya* pensado y que te deje libre.

–¿He buscado quedar libre?

–De palabra, no. Nunca.

—¿Entonces cómo?

—Cambiando de naturaleza; bajo un espíritu distinto, en otra atmósfera vital; con otra esperanza como fin superior. En todo lo que hizo que mi amor fuera digno o valioso a tus ojos. Si nada de esto hubiera sucedido entre nosotros —dijo la muchacha, observándolo con dulzura pero también con firmeza—, dime, ¿me buscarías ahora e intentarías conquistarme? ¡Ah, no!

Él pareció, a pesar de sí mismo, rendirse ante la justicia de esta suposición. Pero dijo, con dificultad:

—No piensas eso.

—Con placer quisiera pensar de otra manera si pudiera —contestó ella—. ¡Dios lo sabe! Una vez he aprendido una verdad como esta, sé lo poderosa e irresistible que debe ser. Pero si fueras libre hoy, mañana, ayer, ¿podría yo incluso creer que escogerías a una muchacha sin dote? ¿Tú, quien en plena confianza con ella, pesas todo según la ganancia? O, escogiéndola, si por un momento fueras lo suficientemente desleal al principio que te guía, ¿no sabría yo que con seguridad vendrían tu arrepentimiento y lamentación? Lo sé, y te dejo libre. Con todo el corazón, por al amor hacia aquel que fuiste alguna vez.

Él estuvo a punto de hablar, pero ella, volteando la cabeza hacia otro lado, continuó:

–Quizás esto –y la añoranza de lo que ha sucedido me hace esperar que sea así– te haga sufrir. Pero dentro de muy, muy poco tiempo, desecharás, felizmente, el recuerdo de todo esto como cualquier sueño inútil, del que tuviste la suerte de despertar. ¡Ojalá seas feliz en la vida que has escogido!

Ella lo dejó y se separaron.

–¡Espíritu! –dijo Scrooge –¡no me muestres más! Llévame a casa. ¿Por qué disfrutas torturándome?

–¡Una sombra más! –exclamó el Fantasma.

–No más! –gritó Scrooge–. No más. No quiero verla. ¡No me muestres más!

Pero el implacable Fantasma lo sujetó de los dos brazos y lo obligó a observar lo que sucedía a continuación.

Se encontraban frente a otra escena y otro lugar: una habitación, no muy grande ni elegante, pero bastante confortable. Junto a la chimenea de invierno se encontraba sentada una hermosa muchacha, tan parecida a la anterior que Scrooge creyó que se trataba de la misma, hasta cuando la vio a *ella*, convertida ahora en una gentil madre de familia, sentada frente a su hija. El ruido en esta habitación era verdaderamente escandaloso, pues había allí muchos otros niños, que Scrooge, por el estado de agitación mental en el que se encontraba, no podía contar; y, a diferencia del famoso rebaño de un

poema, no eran cuarenta niños comportándose como un solo, sino cada niño comportándose como cuarenta. Las consecuencias eran más estrepitosas de lo imaginable, pero a nadie parecía importarle. Por el contrario, la madre y la hija reían con ganas y disfrutaban muchísimo, hasta que esta última, que enseguida empezó a mezclarse en los juegos, se vio atacada sin compasión por los pequeños bandidos. ¡Qué no habría dado por ser uno de ellos! Aunque yo nunca hubiera podido ser tan brusco, ¡no, no! Ni por todo el oro del mundo habría aplastado ese pelo trenzado, tampoco lo hubiera halado de esa manera; y en cuanto al precioso zapatito no lo hubiera tironeado así, ¡Dios Santo!, ni para salvarme la vida. Y medir su cintura por broma, como lo hacía esta camada de niños, no lo habría podido hacer; tendría que esperar que mi brazo quedara para siempre doblado como castigo, sin poder estirarlo nunca más. Y aún así, lo confieso, me hubiera encantado tocar sus labios; hacerle preguntas para que así los abriera; contemplar las pestañas de sus ojos entornados y nunca provocar un rubor; dejar sueltas las ondas de su pelo, del que un mechón sería un recuerdo inestimable. En resumen, me habría gustado, lo confieso, contar con la delicada libertad de un niño y aún así ser hombre suficiente para reconocer su valor.

Pero entonces se escuchó un golpe en la puerta y sobrevino de inmediato tal alboroto que la niña, con cara sonriente y el vestido deshecho, fue arrastrada hacia el centro de grupo emocionado y bullicioso, justo a tiempo para saludar al padre, quien llegaba a casa acompañado por un hombre cargado con juguetes y regalos de Navidad. Entonces ¡qué griterío y forcejeo, y qué embestida hubo sobre el indefenso portador de los regalos! Se montaron sobre él, usando las sillas como escaleras, metieron las manos en sus bolsillos, lo despojaron de los paquetes envueltos en papel marrón, se colgaron de su corbata, lo abrazaron por el cuello, le dieron puños en la espalda y le dieron patadas en las piernas como muestra de un afecto incontrolable. ¡Los gritos de asombro y placer con los que se recibía cada paquete desenvuelto! ¡El terrible anuncio que el bebé había sido sorprendido en el acto de llevarse a la boca el sartén de una muñeca, y de quien además se sospechaba haberse tragado un pavo de mentiras, pegado a una bandeja de madera! ¡El inmenso alivio al descubrir que se trataba de una falsa alarma! ¡El placer, la gratitud, el éxtasis! Todos resultan igualmente indescriptibles. Es suficiente contar que gradualmente los niños y sus emociones salieron del vestíbulo y subieron la escalera uno a la vez hacia el piso superior de la casa, donde se acostaron, calmándose.

Y entonces Scrooge observó con mayor atención que nunca, cuando el señor de la casa, después de que su hija se hubiera recostado contra él afectuosamente, se sentaba con ella y su madre en su puesto frente a la chimenea. Y cuando pensó que una criatura semejante, tan encantadora y tan llena de esperanzas como esta, pudo haberlo llamado a él papá, convirtiéndose en una primavera para el desolado invierno de su vida, su vista en efecto se le nubló.

–Belle –dijo el marido, volteándose a mirar a su esposa con una sonrisa–, me crucé esta tarde con un antiguo amigo tuyo.

–¿Quién era?

–¡Adivina!

–¿Cómo podría? ¡Por Dios, ya lo sé! –dijo en el mismo aliento, sonriendo mientras su esposo también sonreía–. El Sr. Scrooge.

–Era el Sr. Scrooge. Pasé por la ventana de su oficina, y como no estaba cerrada, y como había una vela encendida adentro, no pude evitar verlo. Escuché que su socio está al borde de la muerte, y él estaba ahí solo. Bastante solo en el mundo, supongo.

–¡Espíritu! –dijo Scrooge con la voz quebrada–. ¡Sácame de este lugar!

–Te dije que estas eran las sombras de las cosas que

han sucedido –dijo el Fantasma–. Que son lo que son,
¡no me culpes a mí!

–¡Sácame! –exclamó Scrooge–. ¡No puedo soportarlo!

Se volvió hacia el Fantasma y al descubrir que lo observaba con un rostro en el que por alguna extraña razón había fragmentos de todos los rostros que le había mostrado, empezó a luchar contra este.

–¡Déjame! Llévame de regreso. ¡No me persigas más!

En la lucha, si se puede llamar una lucha esta en la que el Fantasma sin resistencia visible de su parte permanecía imperturbable ante los esfuerzos de su adversario, Scrooge se dio cuenta de que su luz ardía y resplandecía mucho más, y al conectar de manera confusa este hecho con la influencia que ejercía sobre él, agarró al gorro extintor y con un rápido movimiento lo presionó sobre su cabeza.

El Espíritu disminuyó bajo el gorro, de tal forma que lo cubrió por completo. Pero, aunque Scrooge presionaba con toda su fuerza, no consiguió apagar la luz, que manaba por debajo, en una corriente incesante por el piso.

Fue conciente de encontrarse exhausto, vencido por una somnolencia irresistible, y, después, de encontrarse en su propia habitación. Le dio al gorro un último apretón, después del cual aflojó la mano, y tuvo apenas

tiempo para ir tambaleante a la cama, antes de caer en un profundo sueño.

El segundo de los tres espíritus

DESPUÉS de despertarse en mitad de un ronquido prodigiosamente fuerte y sentarse en la cama para organizar sus ideas, Scrooge no tuvo ocasión de que alguien le dijera que la campana estaba a punto de dar la una. Sintió que recuperaba la conciencia en el último momento, antes del propósito fundamental de sostener un encuentro con el segundo mensajero que se le enviaba por mediación de Jacob Marley. Pero al descubrir que lo envolvía un frío desagradable mientras empezaba a preguntarse cuál de las cortinas iba a descorder el nuevo espectro, las recorrió una a una con sus propias manos, y, tendiéndose de nuevo, se instaló en una atenta vigilancia a todo el rededor de la cama. Deseaba enfrentarse al Espíritu en el momento de su aparición, pues no deseaba verse sorprendido ni ponerse nervioso.

Los caballeros del tipo despreocupado, que se enorgullecen de estar familiarizados con una o dos

maniobras, y de permanecer los mismos de principio al fin del día, suelen expresar el gran alcance de su capacidad para la aventura, manifestando que son buenos para cualquier cosa, desde el juego de cara y sello hasta el homicidio; extremos entre los que, sin duda, existe una variedad de temas bastante amplia y comprensible. Sin atreverme a considerar a Scrooge de forma tan severa, no me importa hacer creer al lector que Scrooge estaba preparado para recibir un amplio espectro de apariciones extrañas, y que nada, desde un bebé hasta un rinoceronte, lo hubiera asombrado demasiado.

Entonces, listo para casi cualquier cosa, no estaba sin duda listo para que no sucediera nada; por lo tanto, cuando la campana dio la una y no apareció ninguna figura, se vio embestido por un violento ataque de temblor. Pasaron cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora y no aparecía nada. Durante todo ese tiempo permaneció echado en la cama, el mismo núcleo y centro del resplandor de una luz rojiza, que empezó a brotar desde ahí cuando el reloj dio la hora y que, al ser sólo luz, resultaba aún más alarmante que una docena de fantasmas, pues se sentía incapaz de comprender lo que significaba o lo que hacía ahí; y por momentos temía encontrarse en el instante justo de un interesante caso de combustión espontánea, sin tener el consuelo

de confirmarlo. Finalmente, sin embargo, empezó a pensar –como los lectores o yo hubiéramos pensado desde el principio, pues es siempre la persona que no se encuentra en el apuro la que sabe lo que debería hacerse y la que además incuestionablemente lo hubiera hecho–, finalmente, digo, empezó a pensar que la fuente y secreto de esta luz fantasmal podía encontrarse en la habitación de al lado, desde donde, al seguir un poco más su rastro, parecía brotar. Con esta idea tomando posesión completa de su mente, Scrooge se levantó silenciosamente y se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies en pantuflas.

Al momento de agarrar la chapa, una extraña voz pronunció su nombre y le ordenó que entrara. Obedeció.

Se trataba de su propia habitación. No había ninguna duda al respecto. Pero había sufrido una transformación sorprendente. De las paredes y el techo colgaba tal cantidad de hierba viva que parecía una arboleda perfecta, de donde brillaban, por todas partes, unas bayas relucientes. Las hojas frescas de acebo, muérdago y yedra reflejaban la luz como si ahí encima hubieran esparcido pequeños espejos; y en la chimenea rugía un fuego tan poderoso como nunca lo conoció aquella sombría petrificación en tiempos de Scrooge, ni de Marley, ni de tantas y tantas estaciones invernales

pasadas. Amontonados sobre el piso, formando una especie de trono, había pavos, gansos, piezas de caza, aves de corral, embutidos, cuartos de carne, cochinitos, largas ristras de salchichas, pasteles de fruta, pudines de ciruelas, barriles de ostras, castañas asadas, manzanas rojas, jugosas naranjas, sabrosas peras, inmensas tortas de Reyes y tazones hirvientes de ponche que empañaban la habitación con sus vapores deliciosos. Instalado con comodidad sobre este trono había un alegre gigante, magnífico a la vista; llevaba en la mano una reluciente antorcha, de forma semejante al Cuerno de la Abundancia, que sostenía en alto para lanzar su luz sobre Scrooge, mientras este se asomaba por entre la puerta.

–¡Adelante! –exclamó el Fantasma–. ¡Entra, hombre, y conóceme mejor!

Scrooge entró tímidamente e inclinó la cabeza ante este Espíritu. Ya no era el obstinado Scrooge que solía ser, y aunque los ojos del otro eran claros y amables, no le gustó cruzarse con ellos.

–Soy el Fantasma de la presente Navidad –dijo el Espíritu– ¡Mírame!

Scrooge obedeció con respeto. Estaba vestido con una simple túnica, o una manta, de color verde oscuro, bordada con una piel blanca. La prenda colgaba tan



suelta sobre la figura que dejaba al desnudo su amplio pecho, como si desdeñara quedar protegido o cubierto por cualquier artilugio. Sus pies, visibles por debajo de los amplios pliegues de la prenda, también estaban desnudos; y sobre la cabeza no llevaba encima otra cosa que una corona de acebo con carámbanos brillantes en uno que otro lado. Los bucles café oscuros eran largos y estaban sueltos: tan libres como su simpático rostro, su chispeante mirada, su mano abierta, su voz jovial, su despreocupado porte y su aire alegre. Ceñida a su cintura llevaba una vieja funda, pero no llevaba dentro ninguna espada y la antigua vaina estaba carcomida por el óxido.

–¡Nunca antes has visto nada igual a mí! –exclamó el Espíritu.

–Nunca –dijo como respuesta Scrooge.

–¿Nunca has caminado antes con los miembros más jóvenes de mi familia? Quiero decir (pues soy muy joven) ¿con mis hermanos mayores nacidos en estos últimos años?–continuó el Fantasma.

–Creo que no –dijo Scrooge–. Me temo que no. ¿Tienes muchos hermanos, Espíritu?

–Más de mil ochocientos –dijo el Fantasma.

–¡Una inmensa familia para sostener! –murmuró Scrooge.

El Fantasma de la Presente Navidad se puso de pie.

–Espíritu –dijo Scrooge, sumisamente–, llévame donde quieras. Anoche salí a la fuerza y aprendí una lección que ahora está funcionando. Esta noche, si tienes alguna cosa que enseñarme, deja que saque provecho de la misma.

–¡Toca mi túnica!

Scrooge hizo lo que le ordenaban y la agarró con fuerza.

Acabo, muérdago, bayas rojas, hiedra, pavos, gansos, piezas de caza, aves de corral, embutidos, carne, cochinitos, salchichas, ostras, tortas, pudines, frutas y ponche: todo se desvaneció al instante. También se desvanecieron la habitación, el fuego, el resplandor rojo, la hora de la noche, y se encontraron en las calles de la ciudad en la mañana de Navidad, donde (pues el clima era inclemente) la gente hacía una especie de música fuerte, aunque vigorosa y nada desagradable, al raspar la nieve del pavimento al frente de sus viviendas y de los techos de sus casas, por lo que resultaba una delicia para los muchachos verla caer desplomándose sobre la calle y esparcirse en pequeñas tormentas de nieve.

Las fachadas de las casas se veían bastante negras y aún más las ventanas, contrastando con la tersa sábana de nieve encima de los tejados, y con la nieve más sucia

en el piso, en cuyo último sedimento se veían los grandes surcos hechos por las grandes ruedas de los coches y las carretas; surcos que se cruzaban unos a otros cientos de veces en las ramificaciones de las grandes avenidas, creando intrincados canales, difíciles de seguir sobre el espeso fango amarillo y el agua congelada. El cielo estaba oscuro y las calles más estrechas se veían tupidas por una sombría niebla, mitad descongelada mitad congelada, cuyas partículas más pesadas descendían en una llovizna de átomos de hollín, como si todas las chimeneas de la Gran Bretaña se hubieran encendido, de común acuerdo, a un mismo tiempo y no detuvieran su tiraje para alegría de sus queridos corazones. No había nada verdaderamente alegre en el clima ni en el pueblo, y sin embargo flotaba en el ambiente un aire de alegría que ni la más transparente brisa ni el más resplandeciente sol de verano hubieran logrado transmitir.

Pues la gente que despejaba la nieve de los tejados se veía jovial y llena de júbilo; gritándose unos a otros desde los parapetos y lanzándose de vez en cuando alguna juguetona bola de nieve –un proyectil más amistoso que cualquier broma de palabra–, para reírse abiertamente si daba en el blanco y no con menos ganas si fallaban. Las pollerías estaban aún abiertas y las fruterías relucían en todo su esplendor. Había inmensas, rotundas

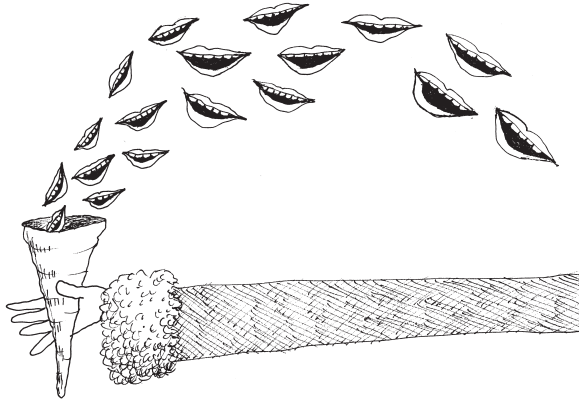
y barrigudas canastas de castañas, con una forma semejante a los chalecos de alegres caballeros, puestas despreocupadamente contra las puertas, desbordándose hacia la calle en su congestionada opulencia. Había cebollas españolas, frescas, marrones, opulentas, reluciendo en su corpulencia como frailes españoles, mientras guiñaban el ojo a las muchachas que pasaban con divertida malicia y miraban con gravedad a las ramas de muérdago. Había peras y manzanas, apiñadas en perfectas pirámides; había racimos de uvas, puestas a colgar, gracias a la benevolencia de los tenderos, de llamativos ganchos para que talvez así a la gente se le hiciera la boca agua gratis mientras pasaba; había montones de avellanas, musgosas y color café, que traían a la memoria, por su fragancia, antiguas caminatas por entre los bosques, arrastrando los pies hundidos hasta el tobillo bajo las hojas secas; había manzanas asadas de Norfolk, rechonchas y morenas, haciendo resaltar el amarillo de las naranjas y los limones, y, gracias a la gran consistencia de sus jugosas figuras, suplicaban y solicitaban que se las llevaran en bolsas de papel a las casas y se las comieran después de la comida. Incluso los mismos peces dorados y plateados exhibidos en un recipiente entre estas frutas escogidas, aunque miembros de una raza lenta y de sangre estancada, parecían

saber que algo estaba sucediendo; y, como peces, iban boqueando de un lado a otro alrededor de su pequeño mundo en una lenta y desapasionada excitación.

¡Y las tiendas de comestibles! ¡Oh, las tiendas de comestibles! A punto de cerrar, quizás con un par de postigos ya puestos, o uno, ¡pero lo que se podía vislumbrar entre aquellos resquicios! No se trataba únicamente del alegre ruido que producían las básculas chocando contra el mostrador, ni que el hilo y el rodillo se desprendieran con tanta energía, ni que las latas de conserva subieran y bajaran velozmente como un truco de malabares, ni tampoco incluso que los aromas entremezclados del té y el café resultaran tan agradables al olfato, o incluso que las pasas fueran tan abundantes y raras, las almendras tan extraordinariamente blancas, las ramas de canela tan largas y rectas, ni que las demás especias fueran tan deliciosas, las frutas azucaradas tan crujientes y cubiertas de azúcar derretida que podían hacer que los mirones más apáticos se sintieran mareados y, en consecuencia, indispuestos. Tampoco porque los higos se vieran esponjosos y pulposos, ni que las ciruelas francesas se sonrojaran con ácida modestia desde sus cajas elegantemente decoradas, ni que todo se viera delicioso de comer y estuviera en sus envolturas navideñas, sino que los clientes se veían tan apresurados

y tan ansiosos frente a la esperanzadora promesa de ese día, que tropezaban entre sí en la puerta, chocando violentamente sus canastas de mimbre, y dejaban sus compras sobre el mostrador, y regresaban corriendo para agarrarlas, y cometían cientos de errores semejantes con el mejor humor posible, mientras que el tendero y sus empleados se mostraban tan francos y despreocupados que los elegantes corazones con los que ataban sus delantales por detrás podían haber sido los suyos propios, llevados por fuera para inspección general y para que las cornejas de Navidad los picotearan si así lo deseaban.

Pero pronto los campanarios empezaron a llamar a la buena gente a las iglesias y a las capillas, y todos acudieron en tropel por las calles, en sus mejores trajes y con los rostros más alegres. Y al mismo tiempo, un número incontable de gente empezó a emerger de muchísimas calles secundarias, callejones y encrucijadas sin nombre, llevando a calentar sus comidas a las panaderías. La visión de estos pobres convidados pareció interesar mucho al Espíritu, pues permaneció al lado de Scrooge a la entrada de una de estas panaderías y levantaba las tapas a medida que pasaban sus portadores, rociando incienso de su antorcha sobre las comidas. Y se trataba de una antorcha bastante inusual, pues en una o dos ocasiones



en las que algunos de los portadores empezaron a insultarse después de haberse empujado, el espíritu esparció sobre ellos un par de gotas de agua de su antorcha y de inmediato se restableció su buen humor. Pues dijeron que sería una vergüenza pelear el Día de Navidad. ¡Y así era! ¡Por el amor de Dios, así era!

Con el tiempo las campanas dejaron de repicar y las panaderías cerraron; y, sin embargo, aún permanecía un agradable rastro de todas estas comidas y del proceso de su cocción en la derretida mancha de vapor encima de los hornos de cada una de estas panaderías, donde incluso el pavimento echaba humo como si sus piedras también se estuvieran cocinando.

—¿Hay algún sabor especial en eso que esparces con tu

antorcha? –preguntó Scrooge.

–Sí lo hay. El mío.

–¿Serviría para cualquier clase de comida en este día?

–preguntó Scrooge.

–Para cualquier comida ofrecida con amabilidad. En especial a una comida pobre.

–¿Por qué en especial a una pobre? –preguntó Scrooge.

–Porque es la que más lo necesita.

–Espíritu –dijo Scrooge, después de un momento de reflexión–, me asombra que tú, de entre todos los seres de los varios mundos encima de nosotros, tengas que restringirles a estas gentes de sus oportunidades de un sencillo placer.

–¡Yo! –gritó el Espíritu.

–Los privas de sus medios para comer cada séptimo día, a menudo el único día durante el que se podría decir que comen algo –dijo Scrooge–. ¿No es así?

–¡Yo! –gritó el Espíritu.

–¿No pides cerrar estos sitios el Séptimo Día? –dijo Scrooge–. Viene a ser la misma cosa.

–¡Yo *pido*! –exclamó el Espíritu.

–Perdóname si me equivoco. Se ha hecho en tu nombre, o por lo menos en nombre de tu familia –dijo Scrooge.

–Hay algunos en este mundo tuyo –replicó el Espíritu–,

que pretenden conocernos y que en nuestro nombre practican sus actos de pasión, orgullo, rencor, odio, envidia, intolerancia y egoísmo; que son tan ajenos a todas nuestras amistades y parentela como si nunca hubieran existido. Recuérdalo, y acúsalo a ellos de sus actos, no a nosotros.

Scrooge prometió que así lo haría y siguieron adelante, invisibles como lo habían sido antes, hacia los suburbios de la ciudad. Resultaba una sorprendente cualidad la del Fantasma (y que Scrooge había observado en la panadería) que, a pesar de su gigantesco tamaño, pudiera acomodarse con facilidad en cualquier lugar, y que podía permanecer al interior de un techo bajo con la misma elegancia y el aspecto de una criatura sobrenatural, como posiblemente lo hubiera podido estar en cualquier vestíbulo elevado y espacioso.

Y quizás fue el placer que el buen Espíritu sentía al demostrar este poder, o también por su naturaleza amable, generosa y cordial, y por la compasión que sentía por todos los pobres, lo que lo llevó directamente hasta la casa del escribiente de Scrooge; pues allí fue donde se dirigió, llevando con él a Scrooge, agarrado de su túnica; y el Espíritu sonrió al llegar al umbral de la puerta y se detuvo para bendecir la vivienda de Bob Cratchit con las aspersiones de su antorcha. ¡Recuerden esto! Bob no ganaba más de quince “Bob” o chelines a

la semana; recibía los sábados sólo quince copias de su propio nombre, ¡y aún así el Fantasma de la Navidad Presente bendecía su casa de cuatro habitaciones!

En ese instante se levantaba la Sra. Cratchit, la esposa de Cratchit, vestida con elegancia aunque pobremente con un traje al que se le ha dado la vuelta dos veces, pero con vistosas cintas, que son baratas y se ven espléndidas por sólo seis peniques; y puso el mantel ayudada por Belinda Cratchit, la segunda de sus hijas, también adornada con cintas, mientras que el joven Peter Cratchit hundía un tenedor en la olla de las papas y mordía las puntas de su monstruoso cuello de camisa (propiedad privada de Bob, conferida a su hijo y heredero en honor a ese día), contento de verse tan galantemente ataviado y ansioso por mostrar su ropa de lino en los parques de moda. Y entonces otros dos Cratchit más pequeños, niño y niña, entraban corriendo, gritando que habían olido desde afuera el ganso en la panadería y lo habían reconocido como el de ellos, y entregándose a las deliciosas imágenes de salvia y cebolla, estos dos jóvenes Cratchit empezaron a bailar alrededor de la mesa, y elevaron al joven Cratchit hasta los cielos, mientras que este (no muy satisfecho, pues el cuello de la camisa casi lo asfixiaba) avivaba el fuego, hasta que las papas que hervían a fuego lento empezaron a golpear

ruidosamente la tapa de la olla para que las sacaran y las pelaran.

–¿Qué habrá pasado con su querido papá? –dijo la Sra. Cratchit–. Y con su hermano Tiny Tim, ¿y Martha en la pasada Navidad no se había demorado media hora en llegar!

–¡Aquí está Martha, madre! –dijo una muchacha mientras aparecía.

–¡Aquí está Martha! –gritaron los pequeños Cratchit–. ¡Hurra! ¡Tenemos *todo* un ganso, Marta!

–¡Bendita seas, mi querida! ¡Llegas tarde! –dijo la Sra. Cratchit, besándola una docena de veces y quitándole ella misma el chal y el sombrero, con afectuoso entusiasmo.

–Tuvimos mucho trabajo anoche –contestó la muchacha– y esta mañana tuvimos que limpiar todo, mamá.

–¡Bien! No importa, con tal de que hayas venido –dijo la Sra. Cratchit–. Siéntate al lado del fuego, querida, y caliéntate. ¡Dios te bendiga!

–¡No, no! Papá ya viene –gritaron los dos pequeños Cratchit, que estaban en todas partes a la vez–. ¡Escóndete, Martha, escóndete!

Entonces Martha se escondió y después llegaron el pequeño Bob y el papá, con por lo menos tres pies de bufanda, sin contar los flecos, colgándole por delante;

y su raído traje, cosido y cepillado para que se viera propio para la ocasión, y Tiny Tim sobre sus hombros. ¡Pues Tiny Tim usaba una pequeña muleta y tenía las piernas sujetas por un marco de acero!

–Pero, ¿dónde está Martha? –gritó Bob Cratchit mirando alrededor.

–No viene –dijo la Sra. Cratchit.

–¡No viene! –dijo Bob, con un súbito descenso en su buen humor, pues había traído cargado a caballo a Tiny Tim corriendo desde la iglesia y venía exuberante–. ¡No viene el día de Navidad!

A Martha no le gustaba verlo desilusionado, así se trataba sólo de una broma, de tal forma que salió antes de detrás de la puerta del armario y corrió a sus brazos, mientras que los dos pequeños Cratchit empujaban a Tiny Tim y lo llevaban hasta el lavadero para que pudiera oír cómo cantaba el pudín en la caldera.

–¿Y cómo se comportó el pequeño Tim? –preguntó la Sra. Cratchit, cuando terminó de tomar del pelo a Bob por su credulidad y que este abrazara a su hija con el corazón alegre.

–Tan bueno como el oro –dijo Bob–, y aún mejor. Por alguna razón se pone pensativo al pasar tanto tiempo sentado solo y se le ocurren las cosas más extrañas que uno pueda escuchar. Me dijo, viniendo a la casa, que

deseaba que la gente lo pudiera ver en la iglesia, pues él era un inválido y quizás sería agradable para ellos recordar, en el día de Navidad, a aquel que había hecho que los mendigos lisiados caminaran y que los ciegos vieran.

La voz de Bob tembló mientras les contaba esto y se estremeció aún más cuando comentó que Tiny Tim estaba creciendo fuerte y sano.

Escucharon su pequeña y activa muleta sobre el piso y entonces Tiny Tim apareció de nuevo antes de que hubieran pronunciado otra palabra, acompañado por su hermano y su hermana hasta su puesto al lado de la chimenea; mientras tanto Bob, arremangándose los puños de la camisa –como si estos, pobre hombre, pudieran gastarse aún más–, preparó una especie de mezcla caliente de ginebra y limones, revolviéndola una y otra vez para después ponerla a hervir lentamente en el antepecho de la chimenea. El joven Peter y los dos pequeños y ubicuos Cratchit fueron a recoger el ganso, con el que regresaron pronto en solemne procesión.

Siguió tal bullicio que uno hubiera podido llegar a pensar que un ganso era el ave más rara de todas; un fenómeno con plumas, ante el cual un cisne negro no sería nada especial: y en efecto, algo por el estilo era ese ganso en aquella casa. La Sra Cratchit puso la salsa

(preparada de antemano en una pequeña cacerola) a hervir hasta silbar; el joven Peter hizo el puré de papas con increíble vigor; la señorita Belinda endulzó la compota de manzanas; Martha secó los platos calientes; Bob acomodó a Tiny Tim a su lado en una de las esquinas de la mesa; los dos pequeños Cratchit pusieron sillas para todos, sin olvidarse de ellos mismos, y montando guardia desde sus puestos se llenaron la boca con las cucharas, para así no ponerse a gritar por ganso antes de que llegara el turno de servirles. Por fin se sirvió la comida y se bendijo la mesa. Vino enseguida una anhelante pausa, mientras la Sra. Cratchit, observando detenidamente el cuchillo de trinchar, se disponía a hundirlo en la pechuga; pero cuando lo hizo, y cuando el tan esperado chorro de relleno salió sin parar, un murmullo de placer se levantó alrededor de la mesa e incluso Tiny Tim, estimulado por los dos pequeños Cratchit, golpeó contra la mesa con el mago del cuchillo y gritó ¡Hurra! débilmente.

Nunca hubo un ganso similar. Bob dijo que no creía que pudiera existir nunca un ganso cocinado semejante. Su ternura y su sabor, su tamaño y su precio tan barato, fueron temas de admiración general. Con el suplemento de la compota de manzanas y el puré de papas, resultó ser comida suficiente para toda la familia; en efecto,

como comentó la Sra. Cratchit con gran placer (contemplando un pequeño trozo de hueso sobre el plato), ¡no se lo habían comido todo! Pero todos habían tenido suficiente, y en particular los pequeños Cratchit, ¡impregnados de salvia y cebolla hasta las cejas! Pero ahora, mientras la señorita Belinda cambiaba los platos, la Sra. Cratchit salía de la habitación sola –demasiado nerviosa para soportar testigos– para sacar el pudín y llevarlo al salón.

¡Supongan que no se hubiera cocinado lo suficiente!
¡Supongan que se hubiera roto al darle la vuelta! ¡Supongan que alguien hubiera saltado la pared del patio y lo hubiera robado mientras ellos disfrutaban del ganso!
¡Suposiciones que dejaban lívidos a los dos pequeños Cratchit! Se imaginaron todo tipo de horrores.

¡Hola! ¡Una gran cantidad de vapor! El pudín ya estaba fuera de la cazuela. ¡Un aroma a ropa recién lavada! Se trataba del trapo que lo cubría. ¡Un aroma a casa de comidas y a pastelería juntas puerta a puerta, con una lavandería al lado! Ese era el pudín. Medio minuto más tarde entraba la Sra. Cratchit: con rubor en la cara, pero sonriendo orgullosa: con el pudín, como una bola de cañón con manchas, duro y firme, ardiendo gracias a la mitad de medio cuarto de flameante brandy y adornado con una navideña rama de acebo.

¡Oh, un maravilloso pudín! Dijo Bob Cratchit y agregó, también con serenidad, que lo consideraba como el mayor éxito logrado por la Sra. Cratchit desde su matrimonio. La Sra. Cratchit declaró que, ahora que se había quitado ese peso de encima, tenía que confesar que había dudado sobre la cantidad de harina. Todo el mundo tuvo algo que comentar sobre el pudín, aunque ni ninguno dijo ni pensó que fuera un pudín pequeño para una familia grande. Habría sido una categórica herejía haberlo dicho. Cualquier Cratchit se habría ruborizado de haber insinuado algo semejante.

Finalmente terminó la cena, se limpió el mantel, se barrió la chimenea y se avivó el fuego. Se probó la mezcla en el recipiente y se consideró perfecta, se pusieron manzanas y naranjas sobre la mesa, y se echaron manotadas de castañas al fuego. Entonces toda la familia Cratchit se reunió alrededor de la chimenea, en lo que Bob Cratchit llamó un círculo, queriendo significar medio círculo, y a un lado suyo se encontraba la cristalería de la familia: dos vasos y un pocillo sin oreja.

En estos se sirvió, sin embargo, el líquido caliente que había en la jarra, como lo hubieran hecho en copas de oro, y Bob lo sirvió con mirada radiante, mientras que las castañas chisporroteaban y crujían ruidosamente en la chimenea. Entonces Bob propuso:

–Feliz Navidad a todos, mis queridos. ¡Dios los bendiga!
A lo que toda la familia respondió como un eco.

–¡Dios nos bendiga a todos! –dijo Tiny Tim, de últimas.

Estaba sentado junto a su padre, en su pequeño taburete. Bob sostenía la pequeña mano seca en la suya, ya que amaba al muchacho y deseaba mantenerlo a su lado y temía que pudieran quitárselo.

–Espíritu –dijo Scrooge, con un interés que nunca antes había sentido–, dime si Tiny Tim vivirá.

–Veo una silla vacía –contestó el Fantasma– en la pobre esquina de la chimenea y una muleta sin dueño, conservada con cuidado. Si estas sombras no cambian en el futuro, el niño morirá.

–No, no –dijo Scrooge–. ¡Oh no, bondadoso espíritu! Di que se salvará.

–Si estas sombras no cambian en el futuro, ningún otro de mi especie –continuó el Fantasma– lo encontrará aquí. ¿Y qué? Si tiene que morir es mejor que lo haga y disminuya así el exceso de población.

Scrooge bajó la cabeza al escuchar sus propias palabras citadas por el Espíritu y se sintió dominado por el arrepentimiento y la tristeza.

–Hombre –dijo el Fantasma–, si eres hombre de razón y no alguien inexorable, domina esa terrible jerga

hasta que no hayas descubierto Cuál es este exceso y
Dónde se encuentra. ¿Podrás decidir tú cuáles hombres
deben vivir y cuáles deben morir? Es probable que, a
los ojos del Cielo, tú seas más despreciable y menos
apropiado para vivir que millones de niños como el hijo
de este pobre hombre. ¡Oh Dios, tener que oír al insecto
en la hoja pronunciarse sobre el exceso de vida entre sus
hambrientos hermanos en el polvo!

Scrooge se inclinó ante la reprimenda del Fantasma y,
temblando, bajó la mirada hacia el piso. Pero la levantó
de inmediato, al escuchar su nombre.

–¡El Sr. Scrooge –dijo Bob–. ¡Brindemos por el Sr.
Scrooge, el patrón de la fiesta!

–¡El patrón de la fiesta, sin duda! –gritó la Sra. Crat-
chit, enrojeciendo–. Desearía tenerlo aquí ahora mismo.
Le daría para festejar un trozo de lo que pienso y espero
que tuviera buen apetito para tragárselo.

–Querida –dijo Bob–, los niños; la Navidad.

–Tiene que ser el Día de Navidad, estoy segura –dijo
ella–, cuando uno tiene que beber a la salud de semejan-
te hombre tan odioso, tacaño, cruel e insensible como el
Sr. Scrooge. ¡Tú sabes que lo es, Robert! ¡Nadie lo sabe
mejor que tú, pobre hombre!

–Querida –fue la dulce respuesta de Bob–. Día de
Navidad.

–Beberé a su salud por la tuya y la de este día –dijo la Sra. Cratchit–, y no por la de él. ¡Larga vida al Sr. Scrooge! ¡Una Feliz Navidad y feliz año nuevo! ¡Estará muy alegre y feliz, no tengo ninguna duda!

Los niños bebieron con el brindis después de ella. Fue el primero de sus actos en el que no hubo entusiasmo. Tiny Tim bebió de último, pero sin importarle dos centavos. Scrooge era el ogro de la familia. La mención de su nombre arrojó una oscura sombra sobre la fiesta, que no se desvaneció hasta después de cinco minutos completos.

Una vez que desapareció, se sintieron diez veces más felices que antes, por el simple alivio de haber salido de Scrooge el Siniestro. Bob Cratchit les contó que tenía a la vista un puesto para el joven Peter que aportaría, de conseguirlo, entre cinco a seis chelines semanales. Los dos pequeños Cratchit se rieron sin parar con la idea de Peter como un hombre de negocios; y el propio Peter observó pensativo hacia la chimenea entre el cuello de su camisa, como si estuviera deliberando cuáles inversiones en particular debería considerar una vez recibiera este desconcertante sueldo. Martha, que era una pobre aprendiz en la sombrerería, les contó entonces qué clase de trabajo tenía que hacer y de la cantidad de horas tenía que trabajar sin parar y de su propósito de

quedarse hasta tarde en la cama mañana en la mañana, pues siendo festivo se quedaría en la casa. También les contó que días antes había visto una condesa y un lord, y cómo el lord era “tan alto como Peter”, ante lo que Peter se subió tan alto el cuello de la camisa que ustedes no habrían podido ver su cabeza de haber estado allí. Mientras sucedía todo esto, las castañas y la jarra pasaban de un lado a otro; entonces después escucharon una canción sobre un niño perdido avanzando por la nieve entonada por Tiny Tim, quien tenía una vocecita lastimera y cantó en realidad bastante bien.

No había nada extraordinario en todo esto. No eran una familia distinguida; no estaban muy bien vestidos; sus zapatos estaban lejos de ser impermeables; sus trajes se veían escasos; y Peter debía conocer, con absoluta seguridad, el interior de la casa de empeños. Pero estaban contentos, agradecidos, satisfechos unos con los otros, y alegres con la época; y cuando empezaron a desvanecerse, y se mostraron aún más contentos bajo las relucientes chispas de la antorcha del Espíritu al partir, Scrooge no dejó de mirarlos y, especialmente, a Tiny Tim hasta el final.

Para este momento empezaba a oscurecer y a nevar con bastante fuerza, y mientras Scrooge y el Espíritu avanzaban por las calles el resplandor del crepitante

fuego en las cocinas, los vestíbulos y en toda clase de habitaciones resultaba maravilloso. Aquí, las vibraciones de una llama revelaban los preparativos para una cena acogedora, con platos cocinándose uno tras otro sobre el fuego, y las pesadas cortinas rojas a punto de cerrarse, para impedir el paso del frío y la oscuridad. Allí, todos los niños de la casa corrían afuera hacia la nieve para recibir a sus hermanas casadas, sus hermanos, primos, tíos, tías, y ser los primeros en darles la bienvenida. Aquí, de nuevo, se veían sobre las celosías las sombras de los invitados acomodándose; y allí un grupo de lindas muchachas, todas con capuchas y botas de piel, hablando al mismo tiempo, dirigiéndose alegremente hacia la casa de algún vecino, ¡donde entraron, y pobre de aquel hombre soltero que las hubiera visto –asustadas brujas, lo sabían muy bien–, como un resplandor!

Pero si ustedes hubieran juzgado por el número de gente que se dirigía a reuniones con amigos, quizás habrían pensado que nadie se encontraba en casa para darles la bienvenida cuando llegaran, en lugar de que todas las casas esperaban compañía, apilando la leña encendida hasta mitad de la chimenea. ¡Dios Santo, cómo se regocijaba el Fantasma! ¡Cómo descubría su amplio pecho y abría sus holgadas palmas, lanzando, con efusión, generosamente, su resplandeciente e

inofensiva alegría sobre todo lo que estaba a su alcance! El mismo farolero, que corría sin parar mientras esparcía motas de luz sobre la calle oscura, vestido para pasar la noche en alguna parte, reía a carcajadas cuando el Espíritu pasó a su lado; poco sabía el farolero, sin embargo, ¡que no tenía más compañía que la Navidad!

Y entonces, sin ninguna palabra de advertencia por parte del Fantasma, se encontraron de pronto en un inhóspito y desierto páramo, donde había monstruosas masas de toscas piedras esparcidas alrededor, como si se tratara de tumbas de gigantes; el agua se esparcía por cualquier parte que tuviera inclinación, o se hubiera esparcido a no ser por el hielo que la mantenía prisionera; y no crecía nada distinto a musgo y aulaga y una hierba áspera y maloliente. Hacia el oeste, el sol poniéndose lanzaba una veta de rojo ardiente, que brilló por un instante sobre esta desolación, como un ojo taciturno, cada vez más y más ceñudo, hasta perderse en la densa oscuridad de la noche más oscura.

–¿Qué lugar es este? –preguntó Scrooge.

–Un lugar donde viven los mineros, los que trabajan en las entrañas de la tierra –respondió el Espíritu–. Pero me conocen. ¡Observa!

Una luz brillaba desde la ventana de una choza y se encaminaron velozmente hacia allá. Pasaron a través

de una pared de barro y piedra y se encontraron con un alegre grupo acomodado alrededor de un fuego brillante. Un hombre y una mujer muy viejos, con sus hijos y los hijos de sus hijos, y alguna otra generación más allá, estaban engalanados con sus trajes de fiesta. El viejo, con una voz que apenas se elevaba por encima de los aullidos del viento sobre la tierra árida, les cantaba una canción de Navidad; se trataba de una canción muy vieja de cuando era niño, y de vez en cuando todos se unían en el coro. Cada vez que todos elevaban la voz, el viejo se mostraba bastante alegre y ruidoso; y cada vez que dejaban de cantar, su vigor volvía a decrecer.

El Espíritu no se entretuvo aquí, sino que le ordenó a Scrooge que se agarrara de su túnica, y pasando por encima del páramo, aumentaron de velocidad ¿hacia dónde? ¿No hacia el mar? Sí, hacia el mar. Para horror de Scrooge, al mirar hacia atrás, vio el último fragmento de tierra, una espantosa hilera de rocas, detrás de ellos. Y entonces sus oídos quedaron ensordecidos por el atronador ruido del agua, retumbando y rugiendo, lanzándose con rabia contra las pavorosas cavernas que había perforado, intentando furiosamente socavar la tierra.

Construido sobre un sombrío arrecife de rocas hundidas, a una legua o así de la costa, contra el que las

aguas se desgastaban y rompían a lo largo de todo el tormentoso año, se levantaba un faro solitario. Grandes montones de algas marinas colgaban de su base y los petreles –nacidos del viento podría suponer uno, así como nacen las algas del agua– se elevaban y descendían a su alrededor, como las olas que rozaban en su vuelo.

Pero incluso aquí, dos hombres que cuidaban el faro habían hecho una hoguera, que lanzaba un rayo de luz hacia el terrible mar, a través de la tronera en la gruesa pared de piedra. Estrechándose las callosas manos por encima de la áspera mesa donde se encontraban sentados, se desearon mutuamente Feliz Navidad con sus jarras de licor caliente; y uno de los dos, el mayor, con el rostro deteriorado y marcado por el duro clima, como lo estaría el mascarón de proa de un viejo barco, también entonó una vigorosa canción que era ella misma semejante a una tempestad.

De nuevo el Fantasma aceleró en velocidad, sobre el oscuro y palpitante mar, cada vez más y más lejos, como le dijo a Scrooge, de cualquier costa, hasta dar con un barco. Se mantuvieron al lado del timonel, del vigía en la proa, de los oficiales que estaban de guardia; oscuras figuras fantasmales en sus distintas ocupaciones; pero cada uno de estos hombres tarareaba una canción de

Navidad, o tenía un pensamiento navideño, o hablaba en voz baja a su compañero sobre alguna Navidad pasada, con sus particulares esperanzas de regresar a casa. Y todos los hombres a bordo, despiertos o dormidos, buenos o malos, habían tenido una palabra amable para los otros aquel día, más que en cualquier otro día del año; y hasta cierto punto habían compartido sus festividades y habían recordado desde la distancia a sus seres queridos, y habían descubierto que se deleitaban recordándolos.

Resultó una gran sorpresa para Scrooge, mientras escuchaba los gemidos del viento y pensaba en lo solemne que era moverse a través de la solitaria oscuridad sobre un abismo desconocido, cuyas profundidades eran secretos tan profundos como la misma muerte; resultó así una gran sorpresa para Scrooge, ocupado en estos pensamientos, escuchar una rotunda carcajada. Fue aún mucho más sorprendente para Scrooge reconocer que se trataba de la risa de su sobrino y encontrarse de pronto en una habitación luminosa, aireada, reluciente, con el Espíritu sonriendo a su lado, y ¡observando al propio sobrino con gesto de amable aprobación!

–¡Ja, ja! –se reía el sobrino de Scrooge–. ¡Ja, ja, ja!

Si llegara a suceder, por algún improbable azar, que alguno conociera un hombre más propenso a la risa que

el sobrino de Scrooge, todo lo que puedo decir es que yo también quisiera conocerlo. Me lo podría presentar y cultivaré su amistad.

Es una justa, equilibrada y noble regulación de las cosas que, mientras existe la infección en enfermedades y tristezas, no haya nada en el mundo más irresistiblemente contagioso que la risa y el buen humor. Cuando el sobrino de Scrooge se reía de esta manera, sujetándose los costados, balanceando la cabeza y torciendo la cara en las más extravagantes contorsiones, la sobrina política de Scrooge reía tan abiertamente como él. Y sus amigos reunidos allí, sin sentirse para nada rezagados, se carcajaban con vehemencia.

–¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja!

–¡Dijo que la Navidad era puras tonterías, así como lo oyen! –gritaba el sobrino de Scrooge–. ¡Además lo creía!

–¡Más vergüenza para él, Fred! –dijo la sobrina de Scrooge, indignada. Benditas sean estas mujeres; nunca hacen nada a medias. Todo se lo toman en serio.

Era muy linda; extremadamente linda. Tenía un magnífico rostro con hoyuelos y de expresión sorprendida; una boquita perfecta, que parecía hecha para ser besada –como sin duda lo era–, todo tipo de diminutas pecas en la barbilla, que se juntaban unas con otras cuando sonreía, y el más luminoso par de ojos que haya

visto alguno en la cabeza de criatura alguna. En conjunto, era lo que ustedes, ya saben, hubieran llamado provocativa; aunque también decorosa. ¡Oh, perfectamente decorosa!

–Es un viejo bastante cómico –dijo el sobrino de Scrooge–, esa es la verdad, y no tan agradable como debería serlo. Sin embargo, sus ofensas arrastran sus propios castigos y no tengo nada que decir en contra suya.

–Estoy segura de que es muy rico –insinuó la sobrina de Scrooge–. Al menos eso es lo que siempre me has dicho.

–¡Y qué importa, querida! –contestó el sobrino de Scrooge–. Su riqueza no le sirve de nada. No hace nada bueno con ella. No le sirve para vivir más confortablemente. No siente la satisfacción de pensar, ja, ja, ja, que ¡alguna vez nos va a beneficiar con la misma!

–No le tengo ninguna paciencia –observó la sobrina de Scrooge. Sus hermanas, así como todas las otras mujeres presentes, expresaron la misma opinión.

–¡Oh, yo sí! –dijo el sobrino de Scrooge–. Siento pena por él; no podría molestarme con él así me lo propusiera. ¿Quién sufre por causa de sus manías? Él, siempre. Ahora, se le ha metido en la cabeza que no le caemos bien y entonces no vendrá a comer con nosotros. ¿Cuál

es la consecuencia? Que no se pierda una gran cena.

–En realidad, creo que sí se pierde una muy buena cena –interrumpió la sobrina. Todo el mundo opinó lo mismo, y se les debe permitir mostrarse como competentes jueces, pues todos acababan de comer y, con el postre sobre la mesa, se encontraban apiñados alrededor de la chimenea, a la luz de la lámpara.

–¡Bien! Me alegra oírlo –dijo el sobrino de Scrooge–, pues no he tenido mucha fe en estas jóvenes amas de casa. ¿Qué opinas tú, Topper?

Topper evidentemente le había echado el ojo a una de las hermanas de la sobrina de Scrooge, pues contestó que un hombre soltero era un pobre paria, que no tenía ningún derecho a opinar sobre ese asunto. A lo que la hermana de la sobrina de Scrooge –la rolliza con escote de encaje, no la de las rosas– se ruborizó.

–Por favor continúa, Fred –dijo la sobrina de Scrooge, aplaudiendo–. ¡Nunca termina lo que empieza a decir! ¡Es un ser tan ridículo!

El sobrino de Scrooge soltó otra carcajada y resultó imposible no contagiarse, y aunque la hermana rolliza se esforzó por no hacerlo con vinagre aromático, todos siguieron su ejemplo.

–Sólo iba a decir –dijo el sobrino de Scrooge–, que la consecuencia de tomarnos antipatía y de no divertirse

con nosotros es, creo, que se pierde de algunos momentos agradables, que no le causarían ningún daño. Estoy seguro de que se pierde de una compañía más placentera de la que puede encontrar en sus propios pensamientos, ya sea en su vieja y mohosa oficina o en las polvorientas habitaciones de su casa. Intento ofrecerle la misma opción cada año, le guste o no, pues me da lástima. Quizás continúe burlándose de la Navidad hasta que muera, pero no podrá evitar apreciarla un poco más –y lo desafío– si me ve llegando allí, de buen humor, año tras año, y diciéndole Tío Scrooge, ¿cómo se encuentra? Si sólo sirve para animarlo a dejarle cincuenta libras a su pobre escribiente, *ya* es algo. Y creo que ayer lo hice estremecer.

Fue ahora el turno de todos de soltar la carcajada, con la idea de haber conmovido a Scrooge. Pero como era un hombre totalmente bonachón, a quien no le preocupaba mucho de lo que se rieran, pues se reían de cualquier cosa, los animó en su alegría y les pasó, jovialmente, la botella.

Después del té, tuvieron algo de música. Pues se trataba de una familia musical y, lo puedo asegurar, todos sabían muy bien qué era lo que hacían, tanto si cantaban a dos o tres voces y sin acompañamiento; especialmente Topper, quien podía retumbar en el bajo

como el mejor y nunca se le hinchaban las venas de la frente, ni tampoco se le enrojecía el rostro por el esfuerzo. La sobrina de Scrooge tocaba bien el harpa y ejecutó, entre otras melodías, una breve tonada muy sencilla (una cosita de nada, que cualquiera aprendería a silbar en dos minutos), que había sido familiar a la niña que fuera a buscar a Scrooge al internado, como se lo había recordado el Fantasma de la Navidad pasada. Cuando sonaron los compases de la música, todas las cosas que el Fantasma le había enseñado le vinieron a la mente, y entonces se enterneció más y más, y pensó que si la hubiera podido escuchar más a menudo, años atrás, habría quizás cultivado con sus propias manos la bondad de la vida, sin tener que haber recurrido a la pala del sepulturero que enterró a Jacob Marley.

Pero no dedicaron toda la noche a la música. Después de un rato, jugaron a las prendas; pues a veces es bueno ser como niños, y nunca mejor que en Navidad, cuando su Creador era él mismo un niño. ¡Pero un momento! Primero jugaron a la gallina ciega. Por supuesto que sí. Y creo menos en que Topper estuviera realmente ciego que en que tuviera ojos en sus botas. Mi opinión es que fue algo que tramaron entre él y el sobrino de Scrooge, y que el Fantasma de la Navidad presente sabía. La manera como perseguía a la hermana rolliza con el

escote de encaje era un atropello a la credulidad de la naturaleza humana. Tumbando las herramientas de la chimenea, tropezándose contra las sillas, chocándose contra el piano, agitándose entre las cortinas, cualquier parte a donde ella se dirigiera, él la seguía. Él siempre sabía dónde se encontraba ella. No intentó capturar a ninguna otra persona. Si cualquiera tropezaba con él, como algunos lo hicieron, y permanecía inmóvil, él fingía hacer todo un esfuerzo por agarrarlo, hecho que habría sido toda una afrenta para nuestra inteligencia, e inmediatamente después se deslizaba en dirección a la hermana rolliza. Ella a menudo gritaba que no era justo; y no lo era en efecto. Pero cuando finalmente la atrapó, cuando, a pesar de todo el crujir de sus sedas y de sus veloces revoloteos delante de él, la llevó hasta una esquina donde no había escapatoria, entonces ahí su conducta fue de lo más execrable. Pues pretendió que no sabía quién era ella; pretendió que era necesario palpar su peinado, y para asegurarse aún más de su identidad, presionar cierto anillo en su dedo y cierta cadena en su cuello. ¡Fue algo vil, monstruoso! Sin duda ella le comunicó su opinión al respecto, cuando, mientras otro ciego cumplía con su oficio, hablaban juntos muy confidencialmente, detrás de las cortinas.

La sobrina de Scrooge no participó en los juegos de

la gallina ciega, sino que se acomodó confortablemente en una amplia silla y un banquillo para los pies en un rincón calentito, con el Fantasma y Scrooge muy cerca a su espalda. Pero se unió al juego de las prendas, y se entusiasmó hasta la admiración con todas las letras del alfabeto. Y mostró el mismo entusiasmo por el juego del “Cómo, cuándo y dónde”, en el que era muy hábil y, para secreta dicha del sobrino de Scrooge, venciera fácilmente a sus hermanas; así estas también fueran bastante listas, como sin duda Topper nos hubiera podido decir. Habría tal vez unas veinte personas allí, entre jóvenes y mayores, y todas participaban de los juegos, como también lo hizo Scrooge; quien, olvidándose –por lo interesado que estaba en todo lo que sucedía– que su voz no emitía ningún sonido para los otros, gritaba con bastante fuerza sus conjeturas, que muy a menudo adivinaba de forma correcta, pues ni siquiera la aguja más afilada, la mejor aguja de Whitechapel, con garantía de no tener filo por el lado del ojo, era tan aguda como Scrooge; tan tajante como se le metiera en la cabeza serlo.

El fantasma se mostró muy complacido de verlo en este estado de ánimo y lo observaba con tanta aprobación que Scrooge le rogó, como un niño, que le permitiera quedarse hasta que los invitados se fueran. Pero el

Espíritu le dijo que eso era algo que no podía hacerse.

–Viene un juego nuevo –dijo Scrooge–. Media hora, ¡Espíritu, sólo media hora!

Se trataba de un juego llamado “Sí y No”, en el que el sobrino de Scrooge tenía que pensar en algo y el resto a adivinarlo. La única respuesta que podía dar a sus preguntas era sí o no, según el caso. Por el ininterrumpido fuego de preguntas al que fue sometido, se podía deducir en sus respuestas que estaba pensando en un animal; un animal vivo, un animal bastante desagradable, un animal salvaje, un animal que a veces refunfuñaba y gruñía, que a veces hablaba, que vivía en Londres, que caminaba por las calles, que no se le exhibía, al que nadie conducía, que no vivía en una casa de fieras, que nunca había sido sacrificado en el mercado, que no era un caballo, ni tampoco un asno, ni una vaca, ni un tigre, ni un perro, ni un cerdo, ni un gato, ni un oso. A cada pregunta nueva que la hacían, el sobrino estallaba en una nueva carcajada; y llegó a reírse tanto que se vio obligado a levantarse del sofá y patear el piso. Finalmente la hermana rolliza, cayendo en un estado similar, exclamó:

–¡Lo adiviné! ¡Ya sé qué es, Fred! ¡Ya sé qué es!

–¿Qué es? –gritó Fred.

–¡Es tu tío Scro–o–o–o–oge!

Que efectivamente era. Vino un generalizado sentimiento de admiración, aunque alguien objetó que la respuesta a la pregunta “¿Es un oso?” debió haber sido “Sí”, puesto que una respuesta negativa había sido suficiente para desviar sus ideas con respecto al Sr. Scrooge, suponiendo que hubieran seguido en algún momento esa dirección.

–Nos ha permitido divertirnos bastante, estoy seguro –comentó Fred–, y sería ingrato no brindar a su salud. Tenemos aquí a mano un vino caliente con especias y yo brindo ¡Por el tío Scrooge!

–¡Muy bien! ¡Por el tío Scrooge! –gritaron todos.

–¡Una Feliz Navidad y un Feliz Año Nuevo para el viejo, donde quiera que esté! –dijo el sobrino de Scrooge–. No me la recibiría directamente de mí, pero que la tenga, en todo caso. ¡Tío Scrooge!

El tío Scrooge se había puesto tan feliz y cordial de una forma tan imperceptible, que habría respondido al brindis de sus desprevenidos acompañantes y agradecido a todos con palabras inaudibles, si el Fantasma le hubiera dado más tiempo. Pero toda la escena se desvaneció con el aliento de la última palabra pronunciada por su sobrino, y de nuevo él y el Espíritu se encontraron de viaje.

Vieron mucho y viajaron lejos, visitaron también

muchos hogares, y siempre con un final feliz. El Espíritu se acomodaba al lado de las camas de los enfermos y estos se alegraban; al lado de quienes se encontraban en tierras extrañas, y se sentían cerca de casa; al lado de los que luchaban, y perseveraban en sus grandes ilusiones, al lado de la pobreza, y esta se enriquecía. En los orfanatos, en el hospital, en la cárcel, en cada refugio de la miseria, donde el hombre vano en su limitada autoridad no había atrancado la puerta, dejando por fuera al Espíritu, este daba su bendición y enseñaba sus preceptos a Scrooge.

Fue una noche larga, si es que en realidad se trató sólo de una noche. Scrooge, sin embargo, tenía sus dudas al respecto, porque todas las fiestas de Navidad parecieron haber quedado condensadas en el lapso de tiempo que pasaron juntos. Resultaba extraño, también, que mientras que el aspecto exterior de Scrooge permanecía inalterado, el Fantasma envejecía y envejecía de forma evidente. Scrooge había observado esta transformación, pero nunca dijo nada, hasta que abandonaron una fiesta infantil de Noche de Reyes y, entonces, mirando al Espíritu mientras permanecían juntos en un lugar al aire libre, se dio cuenta de que este tenía el pelo gris.

—¿Son tan breves las vidas de los espíritus? —preguntó Scrooge.

–Mi existencia en este planeta es bastante breve –replicó el Fantasma–. Termina esta noche.

–¡Esta noche! –exclamó Scrooge.

–Esta noche a medianoche. ¡Escucha! La hora se acerca.

Las campanas daban en ese instante las once y tres cuartos.

–Perdóname si no tengo justificación para lo que te voy a preguntar –dijo Scrooge, observando fijamente la túnica del Espíritu– pero veo algo extraño saliendo de tus ropas y que no forma parte de tu cuerpo. ¡Es un pie o una garra!

–Podría ser una garra, por la poca piel que lleva –fue la triste respuesta del Espíritu–. Observa aquí.

De los pliegues de su túnica salieron dos niños; desgraciados, abyectos, espantosos, horribles, miserables. Se arrodillaron a sus pies y se agarraron a la parte externa de la prenda.

–¡Hombre, mira aquí! ¡Mira, mira, aquí abajo! –exclamó el Fantasma.

Se trataba de un niño y una niña. Amarillentos, flacos, andrajosos, de mirada ceñuda, salvaje; pero postrados, el mismo tiempo, por la humildad. Donde la gracia de la juventud debió haber colmado sus rasgos, retocándolos con sus pigmentos más frescos, una mano

rancia y marchita, semejante a la mano de la vejez, los había estrujado y retorcido, haciéndolos trizas. Donde los ángeles debían haber sido entronados, acechaban los demonios, mirando amenazantes. Ningún cambio, ninguna degradación, ninguna perversión de la humanidad, en cualquier grado, a lo largo de todos los misterios de la maravillosa creación, tendría monstruos tan horribles y espantosos.

Scrooge retrocedió de un salto, horrorizado. Al habérselos presentado de esta manera, trató de afirmar que se trataba de dos bonitos niños, pero las palabras se obstruyeron unas a otras, en lugar de permitir una mentira de tal magnitud.

–¡Espíritu! ¿Son hijos tuyos? –Scrooge no pudo decir otra cosa.

–Son del Hombre –dijo el Espíritu, observándolos–. Y se aferran a mí, apelando contra sus padres. Este niño es la Ignorancia. Esta niña es la Necesidad. Cuídate de los dos, y de todos los de su condición, pero sobre todo cuídate de este niño, pues sobre su frente veo que se ha escrito Condenación, a menos que la palabra sea borrada. ¡Niégalo! –gritó el Espíritu, extendiendo la mano hacia la ciudad–. ¡Calumnian aquellos que lo hagan! ¡Admítelo para tus perversos propósitos y hazlo aún peor! ¡Y acepta el fin!

–¿No tienen refugios ni recursos? –gritó Scrooge.

–¿No hay prisiones? –respondió el Espíritu, volviéndose hacia él por última vez con sus propias palabras–. ¿Y no hay asilos?

La campana dio las doce.

Scrooge miró a su alrededor, buscando al Espíritu, pero ya no vio nada. Cuando la última campanada dejó de vibrar, recordó la predicción del viejo Jacob Marley, y levantando los ojos contempló a un solemne Fantasma, arropado y con capucha, que se acercaba, como una niebla a ras del piso, hacia él.



El último de los espíritus

EL FANTASMA se aproximó lenta, grave, silenciosamente. Cuando estuvo cerca, Scrooge se puso de rodillas, pues el mismo aire por entre el que se movía el Espíritu parecía esparcir tristeza y misterio.

Estaba arropado en un traje negro oscuro que ocultaba su cabeza, su rostro, su forma, y no dejaba ver sino una mano extendida. Si no hubiera sido por esta, habría sido muy difícil distinguir su figura bajo la noche y separarla de la oscuridad que la rodeaba.

Cuando estuvo a su lado, Scrooge sintió que se trataba de un ser alto y majestuoso y que su misteriosa presencia lo llenaba de un terror solemne. No pudo saber nada más, pues el Espíritu ni habló ni se movió.

—¿Me encuentro en presencia del Fantasma de la Navidad por venir? —preguntó Scrooge.

El Espíritu no contestó, pero señaló hacia abajo con su mano.

–Estás a punto de mostrarme las sombras de las cosas que no han sucedido pero que sucederán en el tiempo delante de nosotros –continuó Scrooge–. ¿No es así Espíritu?

La parte superior del traje se contrajo durante un instante en sus pliegues, como si el Espíritu hubiera inclinado la cabeza. Esta fue la única respuesta que recibió.

Aunque para ese momento ya se había acostumbrado a la compañía de los fantasmas, Scrooge sentía tanto miedo ante la silenciosa figura que las piernas le temblaban debajo y descubrió que difícilmente podía sostenerse de pie cuando se preparó para seguirla. El Espíritu, al observar su condición, se detuvo un momento, dándole tiempo a que se repusiera.

Pero Scrooge se sintió aún peor ante esta pausa. Lo estremecía, con un terror vago e incierto, saber que detrás de este oscuro sudario había unos ojos fantasmales puestos fijamente en él, mientras que él, a pesar de esforzarse al máximo, no podía ver nada a excepción de una mano espectral y un gran montón negro.

–¡Fantasma del futuro! –exclamó–. Siento por ti más temor que por cualquiera de los espectros que he visto hasta ahora. Pero, como sé que tu propósito es hacerme el bien y como espero vivir para ser un hombre distinto al que era antes, estoy listo para hacerte compañía

y para hacerlo con el corazón agradecido. ¿No vas a hablarme?

La figura no dio ninguna respuesta. La mano señalaba directamente al frente.

–¡Guíame! –dijo Scrooge–. ¡Guíame! La noche se termina velozmente, y el tiempo es precioso para mí, lo sé. ¡Guíame, Espíritu!

El Fantasma avanzó de la misma forma en la que se le había acercado. Scrooge siguió la sombra de su traje, que, imaginó, lo sostenía y llevaba consigo.

Pareció como si en realidad no entraran a la ciudad, sino que más bien la ciudad pareció brotar a su alrededor, rodeándolos mientras lo hacía. Pero ahí estaban, en el corazón de la ciudad; en la Bolsa, entre los comerciantes, que corrían de un lado a otro, hacían sonar el dinero en sus bolsillos, conversaban en grupos, miraban sus relojes y jugaban pensativamente con sus grandes sellos de oro, y así sucesivamente, como Scrooge a menudo los había visto hacer.

El Espíritu se detuvo a un pequeño grupo de hombres de negocios. Observando que la mano señalaba hacia ellos, Scrooge se acercó para escuchar su conversación.

–No –dijo un hombre muy gordo con una barBILLA monstruosa–, de todas formas, no sé mucho al respecto. Sólo sé que está muerto.

–¿Cuándo murió? –preguntó otro.

–Anoche, creo.

–Pero, ¿qué le sucedió? –preguntó un tercero, inhalando una inmensa cantidad de rapé de una gran tabaquera–. Yo creía que no se moriría nunca.

–Sólo Dios sabe –dijo el primero, con un bostezo.

–¿Qué hizo con su dinero? –preguntó un hombre con el rostro enrojecido y con una excrescencia colgante en la punta de la nariz, que se agitaba como el moco de un pavo.

–No he oído nada –contestó el hombre de la gran barbilla, bostezando de nuevo–. Lo habrá dejado a su Compañía, tal vez. No me lo dejó a *mí*. Eso es todo lo que sé.

Esta broma fue recibida con una carcajada general.

–Es probable que sea un entierro bastante barato –dijo el mismo interlocutor–, pues por mi vida que no conozco a nadie que vaya a asistir. ¿Y si formamos un grupo de asistentes voluntarios?

–No me importaría asistir si hay almuerzo –comentó el caballero con la excrescencia en la nariz–. Pues debo recibir alimento, si tomo parte.

Otra carcajada.

–Bueno, después de todo, soy el más desinteresado entre ustedes –dijo quien habló primero–, pues nunca uso guantes negros y jamás almuerzo. Pero me ofreceré

a ir, si nadie más lo hace. Cuando lo pienso, no estoy seguro del todo de no haber sido su amigo más particular, ya que solíamos detenernos y conversar cada vez que nos encontrábamos. ¡Adiós, adiós!

Tanto los que hablaban como los que escuchaban se dispersaron, entremezclándose con otros grupos. Scrooge conocía a los hombres y volteó a mirar al Espíritu para una explicación.

El Fantasma se deslizó hacia otra calle. Su dedo apuntaba hacia dos personas encontrándose. Scrooge escuchó de nuevo, imaginando que la explicación se encontraba allí.

También conocía, perfectamente, a los hombres. Eran hombres de negocios, adinerados y de gran prestigio. Él siempre se había esforzado por mantener su estima: desde un punto de vista comercial, claro está; estrictamente desde un punto de vista comercial.

–¿Cómo está usted? –dijo uno.

–¿Cómo está usted? –contestó el otro.

–¡Muy bien! –dijo el primero–. El viejo Diablo por fin ha recibido su merecido, ¿ah?

–Eso me dijeron –contestó el segundo–. Hace frío, ¿no es cierto?

–Propio de la época de Navidad. Usted no es patinador, supongo.

—No. No. Hay otras cosas en qué pensar. ¡Buen día!
Ni una palabra más. Ese fue su encuentro, su conversación y su despedida.

Scrooge se sintió al principio inclinado a mostrarse sorprendido de que el Espíritu le adjudicara tanta importancia a conversaciones aparentemente triviales; pero, sintiéndose seguro de que deberían tener un propósito oculto, se puso a considerar cuál sería el más probable. En realidad no podía suponerse que tuvieran alguna relación con la muerte de Jacob, su antiguo socio, pues eso era el Pasado y la competencia de este Espíritu era el Futuro. Tampoco pudo pensar en alguien cercano a él mismo y a quien pudiera aplicarle estas conversaciones. Pero, sin tener la menor duda que, a quien fuera que se le aplicaran, las conversaciones tendrían alguna latente moraleja para su propio bien, decidió retener cada palabra que escuchara y todo lo que observara; y, especialmente, observar su propia sombra cuando apareciera. Pues tenía la esperanza de que la conducta de su ser futuro le brindaría la clave que le faltaba y le enseñaría fácilmente la solución a estos acertijos.

Buscó su propia imagen alrededor de aquel mismo lugar; pero otro hombre se encontraba en la esquina que él solía frecuentar y, aunque el reloj marcaba la hora en la que usualmente se encontraba allí, no encontró

a nadie parecido entre las multitudes que entraban a raudales por el pórtico. Este hecho, sin embargo, lo sorprendió un poco; pues había estado dándole vueltas en la mente hacer un cambio de vida, e imaginaba y esperaba ver que estos propósitos ya se vieran ahí cumplidos.

Silencioso y oscuro, el Fantasma permanecía a su lado, con la mano extendida. Cuando salió de su pensativa búsqueda, imaginó, por el giro de la mano y su situación respecto a él, que los ojos invisibles lo estaban observando detenidamente. Esto lo hizo estremecerse y sentir un frío intenso.

Abandonaron la bulliciosa escena y se dirigieron hacia una oscura región de la ciudad, donde Scrooge nunca había entrado antes, aunque conocía su ubicación y mala reputación. Las calles estaban sucias y eran estrechas; las tiendas y las casas, miserables; la gente medio desnuda, borracha, descuidada, fea. Los callejones y los pasadizos, como todos los pozos de aguas negras, vomitaban sus agravios de olores, suciedad y vida en las dispersas calles; y todo el barrio hedía a crimen, inmundicias y miseria.

En un extremo de esta madriguera de infame convivencia, había una tienda de poca monta que sobresalía por debajo del techo de una casa, donde se

podía comprar hierro, trapos viejos, botellas, huesos y menudencias grasientas. Sobre el piso adentro, se apilaban montones de llaves oxidadas, puntillas, cadenas, bisagras, limas, balanzas, pesas y toda clase de desechos en hierro. Secretos que a pocos les habría gustado escudriñar se engendraban y escondían entre montañas de trapos mugrientos, masas de grasa putrefacta y sepulcros de huesos. Sentado entre las mercancías con las que comerciaba, al lado de una estufa de carbón, hecha de ladrillos viejos, había un viejo pícaro canoso, de unos setenta años, quien se resguardaba del aire frío por medio de un sucio cortinaje de múltiples andrajos, colgados de una cuerda; fumaba su pipa como en todo el lujo de un calmado retiro.

Scrooge y el Fantasma llegaron en presencia de este hombre justo cuando una mujer entraba encorvada a la tienda con un pesado fardo. Pero esta apenas acababa de entrar cuando otra mujer, igualmente cargada, también entraba; y a esta última la seguía de cerca un hombre vestido de negro, quien no se mostró menos sorprendido al verlas que ellas dos al reconocerse mutuamente. Después de una breve pausa de inexpressivo asombro, a la que se unió el viejo con la pipa, todos soltaron la carcajada.

—¡Dejen que la mujer de la limpieza sea ella la

primera! –gritó la mujer que había entrado primero–. Dejen que la lavandera sea ella la segunda, y dejen que el sepulturero sea él el tercero. ¡Mira, viejo Joe, qué casualidad! ¡Cómo nos hemos encontrado aquí los tres sin proponérselo!

–No habrían podido encontrarse en mejor sitio –dijo el viejo Joe, sacándose la pipa de la boca–. Pasen al salón. Usted desde hace tiempo lo tiene como su propia casa, ya sabe; y los otros dos tampoco son unos extraños. Esperen un momento a que cierre la puerta de la tienda. ¡Ah! ¡Cómo rechina! Creo que no hay en este sitio un pedazo metal tan oxidado como estas bisagras, y estoy seguro que no hay aquí unos huesos tan viejos como los míos. ¡Ja, ja! Y todos somos los más indicados para nuestra profesión, hacemos un buen equipo. Pasen al salón. Pasen al salón.

El salón era el espacio que había detrás de la cortina de andrajos. El viejo atizó el fuego con una vieja varilla y, después de despabilar con la boquilla de la pipa la humeante lámpara (pues ya era de noche), se la puso de nuevo en la boca.

Mientras hacía todo esto, la mujer que ya había hablando lanzó su fardo en el piso y se sentó en un taburete de manera un tanto presuntuosa. Puso los codos sobre las rodillas y observó desafiante a los otros dos.

–¡Qué pasa entonces! ¿Qué tiene de raro, Sra. Dilber? –dijo la mujer–. Todo el mundo tiene derecho a cuidarse a sí mismo. ¡Él siempre lo hizo!

–Eso es cierto, claro que sí! –dijo la lavandera–. Ninguno más que él.

–Muy bien, entonces, mujer, no me mire como si estuviera asustada. ¿Quién de las dos es la más sabia? No nos vamos a robar entre nosotros, ¿no es así?

–¡No, claro que no! –dijeron la Sra. Dilber y el hombre a un mismo tiempo–. Deberíamos esperar que no.

–¡Muy bien, entonces! –gritó la mujer–. Es suficiente. ¿A quién le haría daño la pérdida de unas cuantas cosas como estas? No a un hombre muerto, supongo.

–No, claro que no –dijo la Sra. Dilber, riendo.

–Si las quería conservar después de muerto, el malvado viejo miserable –continuó la mujer–, ¿por qué no fue una persona normal en vida? Si lo hubiera sido, habría tenido alguien que lo cuidara cuando lo hirió la Muerte, en lugar de estar echado boqueando su último suspiro, completamente solo.

–Es lo más cierto que se haya dicho nunca –dijo la Sra. Dilber–. Es su castigo.

–Desearía que hubiera sido uno más severo –replicó la mujer–; y lo hubiera sido así, puede contar con eso, si yo hubiera podido echar mano de alguna cosa más.

Abra el bulto, viejo Joe, y dígame su valor. Hable con franqueza. No temo ser la primera, ni que ellos lo vean. Sabíamos muy bien que, antes de encontrarnos aquí, nos ayudábamos a nosotros mismos, creo yo. No es un pecado. Abra el bulto, Joe.

Pero la cortesía de sus amigos no lo hubiera permitido, y el hombre vestido de negro, abriendo la brecha el primero, exhibió *su* botín. No era muy cuantioso. Uno que otro sello, una caja de lápices, un par de mancornas, un alfiler de corbata sin mucho valor, eso era todo. Todo fue rigurosamente examinado y valorado por el viejo Joe, quien escribió con una tiza sobre la pared la cantidad que estaba dispuesto a dar por cada objeto, sumando todo al final cuando descubrió que ya no había nada más.

–Esta es su cuenta –dijo Joe–, y no daré un penique más, así me cocinaran vivo por no hacerlo. ¿Quién sigue?

La Sra. Dilber fue la siguiente. Sábanas y toallas, algo de ropa usada, un par de cucharitas de plata pasadas de moda, un par de pinzas para el azúcar y algunos pares de botas. Su cuenta quedó anotada en la pared de la misma forma.

–Siempre doy demasiado a las damas. Es una debilidad mía y así es como me arruino –dijo el viejo Joe–. Esa es su cuenta. Si me pide un penique más, o me

contradice, me arrepentiré de haber sido tan generoso y le descontaré media corona.

–Y ahora abre *mi* bulto, Joe –dijo la primera mujer.

Joe se puso de rodillas para abrirlo con mayo comodidad y, después de desatar una gran cantidad de nudos, extrajo un rollo grande y pesado de tela oscura.

–¿Qué es esto? –dijo Joe–. ¡Cortinas de cama!

–¡Ah! –contestó la mujer, riéndose y echándose hacia delante, sobre los brazos cruzados–. ¡Cortinas de cama!

–¿No pretenderá decirme que las bajó, con aros y todo, mientras él estaba postrado ahí? –preguntó Joe.

–Sí lo hice –replicó la mujer–. ¿Por qué no?

–Naciste para hacer tu propia fortuna –dijo Joe–, y de verdad lo harás.

–La verdad es que no detendría mi mano, si pudiera agarrar alguna cosa que estuviera a mi alcance, por consideración a un hombre como el que fue Él. Te lo juro, Joe –replicó con frialdad la mujer–. Y ahora, no riegues ese aceite sobre las cobijas.

–¿Eran sus cobijas? –preguntó Joe.

–¿De quién más crees si no? –contestó la mujer–. No es probable que pase frío sin ellas, me atreviera a decir.

–Espero que no haya muerto de nada contagioso, ¿ah? –dijo el viejo Joe, interrumpiendo su tarea y levantando los ojos.

–No tengas miedo –replicó la mujer–. No me encariñé tanto de su compañía como para perder el tiempo a su lado por estas cosas, si así hubiera sido. ¡Ah! Puedes examinar esa camisa hasta que te duelan los ojos; pero no encontrarás un solo hueco, ni una rasgadura. Es la mejor que tenía y muy fina, también. La habrían echado a perder, de no haber sido por mí.

–¿A qué te refieres con echarla a perder? –preguntó el viejo Joe.

–A que se la habían puesto para el entierro, estoy segura –replicó la mujer con una risa–. Alguno había sido lo suficientemente tonto de hacerlo, pero yo se la quité de nuevo. Si esta tela de algodón no es buena para este propósito, no es buena para nada. Le sienta bastante bien al cuerpo. Él no puede verse más feo de lo que se veía con esa camisa.

Scrooge escuchaba este diálogo con horror. Mientras los otros permanecían sentados alrededor de su botín, bajo la escasa luz que proporcionaba la lámpara del viejo, los contemplaba con un aborrecimiento y un disgusto tales, que difícilmente habrían sido mayores de tratarse de obscenos demonios negociando el mismo cuerpo del muerto.

–¡Ja, ja! –rió la misma mujer, cuando el viejo Joe, extrayendo una bolsa de paño con dinero, puso sobre el piso lo que le correspondía a cada uno–. Este es el

final, ¡ya lo ven! ¡Espantó a todos de su lado cuando estaba vivo, para beneficiarnos cuando estuvo muerto! ¡Ja, ja, ja!

–Espíritu –dijo Scrooge, temblando de pies a cabeza–. Entiendo, entiendo. El caso de este infeliz hombre debe ser el mío. Mi vida, ahora, va por ese camino. ¡Cielo Santo, qué es esto!

Retrocedió aterrado, pues la escena había cambiado, y ahora estaba casi tocando una cama: una cama desnuda, sin cortinas, sobre la que, cubierto por una andrajosa sábana, algo yacía que, aunque estaba mudo, se anunciaba con un horrible lenguaje.

La habitación era muy oscura, demasiado oscura para observarla con detenimiento, aunque Scrooge miraba a su alrededor obedeciendo a un secreto impulso, ansioso por saber de qué habitación se trataba. Una luz pálida, levantándose del espacio exterior, cayó directamente sobre la cama; y sobre esta, saqueado y despojado, sin nadie que lo velara, llorara ni cuidara, estaba el cuerpo de este hombre.

Scrooge volteó a mirar al Fantasma. Su mano firme apuntaba hacia la cabeza. La sábana estaba puesta tan descuidadamente que el más débil jalón, el movimiento de un solo dedo por parte de Scrooge, hubiera descubierto el rostro. Scrooge pensó en esto, sintió lo fácil que

hubiera sido hacerlo y tuvo el deseo de hacerlo; pero no tenía más poder de retirar el velo que en hacer desaparecer el espectro que tenía a su lado.

¡Oh, fría, fría, terrible Muerte, erige aquí mismo tu altar y cúbrelo con todos los terrores que tengas a tu disposición: pues este es tu dominio! Pero de la cabeza amada, reverenciada y venerada, no podrás tocar un solo pelo para tus terribles propósitos, ni hacer odioso ninguno de sus rasgos. Y no es que la mano esté en letargo y vaya a caer cuando se suelte; no es que el corazón y el pulso estén inmóviles; sino que la mano estaba abierta y era generosa y franca; el corazón valeroso, cálido y tierno, y el pulso el de un hombre. ¡Hiere, Sombra, hiere! ¡Y observa sus buenas acciones brotando de esta herida, para sembrar el mundo con vida inmortal!

Ninguna voz pronunció estas palabras en los oídos de Scrooge, y, sin embargo, las escuchó cuando miró hacia la cama. Y se preguntó entonces que si este hombre pudiera incorporarse ahora, ¿cuáles serían sus primeros pensamientos? ¿La avaricia, los reñidos negocios, las absorbentes preocupaciones? ¡En verdad, lo había llevado a un exquisito final!

Yacía ahí, en la oscura y vacía casa, sin un hombre, sin una mujer, sin un niño, que le dijera que había sido amable con ellos en esto o lo otro, y que por el recuerdo

de una palabra cariñosa fueran amables con él. Un gato maullaba en la puerta y se escuchaba el roer de las ratas bajo la chimenea. Qué era lo que *querían* en la habitación de un muerto y por qué estaban tan inquietas y alteradas, fue algo en lo que Scrooge no se atrevía a pensar.

–¡Espíritu! –dijo–, este es un lugar terrible. Al dejarlo, no olvidaré su lección, confía en mí. ¡Vámonos!

El Fantasma aún seguía señalando hacia la cabeza con su dedo inmóvil.

–Te comprendo –contestó Scrooge–, y lo haría, si pudiera. Pero no tengo la fuerza suficiente, Espíritu. No tengo la fuerza para hacerlo.

De nuevo pareció que el Espíritu lo observaba.

–Si existe alguna persona en la ciudad que sienta alguna tristeza por la muerte de este hombre –dijo Scrooge bastante angustiado–, ¡muéstrame a esa persona, Espíritu, te lo imploro!

El Fantasma desplegó por un instante su oscuro traje ante él, como un ala, y al retirarlo, le enseñó un cuarto a la luz diurna, donde se encontraban una madre y sus hijos.

La mujer esperaba a alguien, con una ansiosa inquietud, pues caminaba de un lado a otro del cuarto, se sobresaltaba al menor ruido, miraba afuera por la ventana, observaba el reloj, trataba, sin conseguirlo, bordar

con la aguja, y apenas si podía soportar las voces de los niños mientras jugaban.

Finalmente, se escuchó el esperado golpe. Ella se precipitó hacia la puerta y se encontró con su marido; un hombre cuyo rostro se veía agobiado y deprimido, a pesar de su juventud. Había ahora en él una singular expresión, una especie de serio placer del que se sentía avergonzado y que luchaba por reprimir.

Se sentó a comer del plato que habían guardado para él al lado de la chimenea, y cuando ella le preguntó tímidamente cuáles eran las noticias (que no fue si no hasta después de un largo silencio), él pareció un tanto incómodo en saber cómo responder.

–¿Son buenas –dijo ella, para ayudarle–, o malas?

–Malas –contestó él.

–¿Estamos arruinados del todo?

–No. Aún hay esperanzas, Caroline.

–¡Las hay, si él se apiada! –dijo ella, sorprendida–.

No se perdería la esperanza, si es que ha sucedido un milagro semejante.

–Él ya no podrá apiadarse –dijo su esposo–. Ha muerto.

Si su rostro reflejara la verdad, se podría decir que ella se veía como una criatura apacible y paciente; pero en el fondo de su alma se sentía agradecida al escuchar

la noticia y así lo expresó, dando palmas con las manos. De inmediato pidió perdón y lo sintió; pero la primera había sido la reacción de su corazón.

—Lo que me dijo anoche aquella mujer medio borra-cha de la que te hablé, cuando intenté verlo y obtener una semana más de plazo, y lo que yo entendí como una simple excusa para evitar verse conmigo, resultó ser absolutamente cierto. Él en ese momento no sólo estaba muy enfermo, sino que se estaba muriendo.

—¿A quién se traspasará nuestra deuda?

—No lo sé. Pero antes de que suceda debemos tener listo el dinero; y aunque no lo tengamos, será en realidad muy mala suerte que nos encontremos con un sucesor igual de despiadado. ¡Esta noche podemos dormir con el corazón tranquilo, Caroline!

Sí. Mientras mitigaran su preocupación, sus corazones se aligeraban. Los rostros de los niños, enmudecidos y apiñados alrededor para escuchar aquello que apenas si comprendían, resplandecieron aún más. ¡Y el hogar se alegró aún más por la muerte de este hombre! La única emoción que podía mostrarle el Fantasma, generada por este hecho, era la de placer.

—Déjame ver alguna muestra de sensibilidad conectada a la muerte —dijo Scrooge—; o aquella oscura habitación, Espíritu, estará para siempre presente en mí.

El Fantasma lo condujo por varias calles familiares a sus pasos; y, mientras avanzaban, Scrooge miraba de un lado a otro para encontrarse, pero no se veía por ninguna parte. Entraron a la casa del pobre Bob Cratchit, la morada que había visitado antes, y encontraron a la madre y a sus hijos sentado alrededor de la chimenea.

Silenciosos. Muy silenciosos. Los ruidosos niños Cratchit permanecían sentados tan inmóviles como estatuas en un rincón y miraban a Peter, que tenía un libro al frente. La madre y sus hijas estaban ocupadas cosiendo. ¡Pero estaban de verdad muy silenciosos!

—Y entonces tomó a un niño y lo sentó en mitad de todos.

¿De dónde había escuchado Scrooge aquellas palabras? No las había soñado. El muchacho debió de haberlas leído en voz alta, mientras él y el Espíritu cruzaban el umbral. ¿Por qué razón no continuaba?

La madre dejó su labor sobre la mesa y se puso una mano sobre el rostro.

—El color daña mis ojos —dijo.

¿El color? ¡Ah, pobre Tiny Tim!

—Ya están mejor —dijo la esposa de Cratchit—. Se debilitan a la luz de la vela, y no quiero, por nada del mundo, mostrar unos ojos débiles cuando venga su papá. Ya debe ser casi hora.

–Más bien ya se pasó –dijo Peter, cerrando el libro–. Aunque creo, madre, que estas últimas noches ha empezado a caminar más despacio que de costumbre.

Volvieron a quedar muy callados. Finalmente ella dijo, con una voz firme y alegre, que sólo se quebró por un instante:

–Me he enterado que camina con...me he enterado que camina con Tim cargado al hombro, y muy rápido en efecto.

–Y yo también –gritó Peter–. A menudo.

–¡Y yo también! –exclamó otro. Y después todos los demás.

–Pero era muy liviano de llevar –concluyó ella, aborta en su labor–, y su papá lo quería tanto que no era ninguna molestia...ninguna molestia. ¡Y ya está su papá en la puerta!

Ella corrió a su encuentro, y el pequeño Bob con su bufanda –el pobre la necesitaba– entró. Su té ya estaba listo en la repisa interior de la chimenea y todos se esforzaron para ver quién lo ayudaba mejor. Entonces los dos pequeños Cratchit se acomodaron en sus rodillas y cada niño puso su pequeña mejilla contra su rostro, como si quisieran decirle: “No te preocupes, papá. ¡No te pongas triste!”

Bob se comportó muy alegre con ellos y conversó

amablemente con toda la familia. Observó la labor que había sobre la mesa y alabó la aplicación y la velocidad de la Sra. Cratchit y de las niñas. Habrán terminado mucho antes del domingo, dijo.

–¡El domingo! ¿Fuiste entonces hoy, Robert? –dijo su esposa.

–Sí, querida –contestó Bob–. Desearía que hubieras ido. Te habría hecho mucho bien ver lo verde que es el lugar. Pero lo verás a menudo. Le prometí que iría el domingo. ¡Mi pequeño! –exclamó–. ¡Mi pequeño!

Se derrumbó de una sola vez. No pudo evitarlo. Si hubiera podido evitarlo, él y su hijo habrían estado quizás mucho más apartados de lo que se encontraban.

Abandonó la habitación y subió las escaleras al cuarto de arriba, iluminado alegremente con un pesebre. Había una silla puesta a un lado del niño y había señales de que alguien había estado allí hacía poco. El pobre Bob se sentó en la silla y, después de reflexionar un poco y tranquilizarse, besó el pequeño rostro. Se resignó con lo que había sucedido y volvió a bajar, bastante contento.

Se sentaron alrededor de la chimenea y empezaron a conversar; la madre y las niñas seguían con sus labores. Bob les habló de la extraordinaria amabilidad del sobrino del Sr. Scrooge, a quien había visto sólo una

vez, y quien, al encontrarse ese día con él en la calle y al observar que parecía un poco...“sólo un poco triste ya saben”, dijo Bob, le preguntó qué había sucedido para dejarlo tan afligido.

–Entonces –continuó Bob–, y por lo que se trata del caballero más simpático que cualquiera pudiera escuchar, se lo conté todo. “Lo siento profundamente, Sr. Cratchit”, me dijo, “y lo siento profundamente por su buena esposa”. A propósito, cómo pudo haber sabido eso, no lo sé.

–¿Saber qué, querido?

–Bueno, que tú eras una buena esposa –replicó Bob.

–¡Todo el mundo sabe eso! –dijo Peter.

–¡Muy bien dicho, muchacho! –exclamó Bob–. Espero que así sea. “Lo siento profundamente por su buena esposa”, dijo. “Si puedo servirle en algo de alguna forma”, dijo, entregándome su tarjeta, “aquí es donde vivo. Le ruego venga”. Sin embargo –exclamó Bob–, no fue tanto por las cosas que quizás pueda hacer por nosotros, sino más bien por su amabilidad que todo esto resultó verdaderamente maravilloso. En realidad parecía como si él hubiera conocido a nuestro Tiny Tim y lo sintiera con nosotros.

–¡Estoy segura de que es un alma buena! –dijo la Sra. Cratchit.

–Estarías aún mucho más segura, querida –contestó

Bob-, si lo hubieras visto y hubieras conversado con él. No me sorprendería para nada, escucha lo que digo, si le consigues un mejor puesto a Peter.

-Sólo escucha eso, Peter -dijo la Sra. Cratchit.

-Y entonces -exclamó una de las hijas-, Peter se asociará con alguien más y se establecerá por su cuenta.

-¡Cómo no! -replicó Peter, con una mueca.

-Es tan factible como no -dijo Bob-, algún día de estos; sin embargo aún queda mucho tiempo para eso, querida. Pero como sea y cuando sea que nos separemos uno del otro, estoy seguro que ninguno de nosotros debe olvidar a nuestro pobre Tiny Tim, ¿no es así? ¿O es que vamos a olvidar esta primera separación que hubo entre nosotros?

-¡No, nunca, papá! -exclamaron todos.

-Y sé -dijo Bob-, sé, mis queridos, cuando recordemos lo paciente y apacible que era él, a pesar de ser un niño muy, muy pequeño, nos costará trabajo pelear entre nosotros, pues si lo hiciéramos olvidaríamos al pequeño Tiny Tim.

-¡No, nunca, papá! -exclamaron todos de nuevo.

-Estoy muy feliz -dijo el pequeño Bob-. ¡Estoy muy feliz!

La Sra. Cratchit lo besó, sus hijas lo besaron, los dos pequeños Cratchit lo besaron, y Peter y él se estrecharon

la mano. ¡Espíritu de Tiny Tim, tu esencia infantil venía de Dios!

–Espectro –dijo Scrooge–, algo me dice que el momento de nuestra separación está cerca. Lo sé, pero no sé cómo. ¿Dime cuál era el hombre que vimos yacer muerto?

El Espíritu de la Navidad futura lo llevó, como antes –aunque, pensó Scrooge, a una época distinta; en efecto, no parecía existir ningún orden en estas últimas visiones, excepto que eran del futuro– a los sitios de encuentro de los hombres de negocios, pero no le mostró dónde estaba él. En realidad, el Espíritu no se detuvo ante nada, sino que seguía avanzando directo al final ahora tan deseado, hasta que Scrooge le suplicó que desacelerara por un momento.

–Este patio –dijo Scrooge–, por el que ahora pasamos tan rápido, es donde queda mi lugar de trabajo y lo ha sido por mucho tiempo. Veo la casa. Déjame contemplar lo que seré, en los días por venir.

El Espíritu se detuvo; la mano señalaba a un lugar distinto.

–La casa es allá –exclamó Scrooge–. ¿Por qué señalas hacia otro lado?

El dedo inexorable no hizo ningún cambio.

Scrooge se precipitó hacia la ventana de su oficina

y miró dentro. Seguía siendo una oficina, pero no la suya. Los muebles no eran los mismos y la figura en la silla no era la suya. El Fantasma seguía apuntando como antes.

Se le unió una vez más y, preguntándose por qué y hacia dónde se había ido, lo acompañó hasta que llegaron a una puerta de hierro. Se detuvo a mirar alrededor antes de entrar.

Un cementerio. Era aquí, entonces, donde yacía bajo tierra el despreciable hombre cuyo nombre iba a ahora a conocer. Era un lugar apropiado. Cercado por casas, invadido por la hierba y las malezas, el crecimiento de la muerte de la vegetación, no de su vida; asfixiado por demasiados entierros; cebado por un apetito extremo. ¡Un lugar apropiado!

El Espíritu se detuvo entre las tumbas y señaló una abajo. Scrooge avanzó hacia allí temblando. El Fantasma era exactamente el mismo de siempre, pero temió haber visto un nuevo significado en su solemne figura.

–Antes de acercarme a esta losa a la que estás apuntando –dijo Scrooge–, contéstame una sola pregunta. ¿Son estas las sombras de las cosas que Serán o, solamente, de las cosas que Podrían ser?

El Fantasma seguía señalando la tumba donde se encontraba.

–Las conductas de los hombres presagian ciertos finales hacia los que deben llegar, si perseveran en esta conducta –dijo Scrooge–. Pero si se apartan de esas conductas, los finales cambiarán. ¡Dime que ha sido esto lo que me has mostrado!

El Espíritu estaba más inmóvil que nunca.

Scrooge se deslizó, temblando más a medida que avanzaba; y siguiendo la dirección del dedo, leyó sobre la lápida de la abandonada tumba su propio nombre, EBENEZER SCROOGE.

–¿Soy ese hombre que yace en la cama? –gritó, de rodillas. El dedo apuntó de la tumba hacia él y, después, de nuevo hacia la tumba.

–¡No, Espíritu! ¡Oh, no, no!

El dedo aún seguía ahí.

–¡Espíritu! –gritó, aferrándose con fuerza a su túnica–, ¡escúchame! No soy el hombre que solía ser. No seré el hombre que hubiera sido de no ser por este encuentro. ¿Por qué mostrarme todo esto, si no tengo ninguna esperanza?

Por primera vez la mano pareció estremecerse.

–Buen Espíritu –insistió Scrooge, echado abajo en el piso como antes–: Tu naturaleza intercede por mí y me compadece. ¡Asegúrame que, si cambio de vida, aún puedo transformar estas sombras que me has mostrado!

La bondadosa mano tembló.

—¡Honraré la Navidad con todo mi corazón e intentaré mantener su espíritu a lo largo de todo el año. La viviré en el pasado, en el presente y en el futuro. Los Espíritus de las tres lucharán dentro de mí. No despreciaré las lecciones que me han enseñado. ¡Oh, dime que puedo lavar lo escrito en esta lápida!

En su agonía, tomó la mano del espectro. Intentó liberarse, pero la súplica fortalecía a Scrooge y la retuvo. Pero el Espíritu, aún mucho más fuerte, lo rechazó.

Levantando sus manos en una última plegaria por revertir su destino, Scrooge advirtió una alteración en la capucha y la túnica del Fantasma. Este se redujo, se desplomó, y disminuyó de tamaño hasta convertirse en la columna de una cama.

El final

¡Sí! Era esa columna era la suya. Y la cama era la suya y el cuarto era su propio cuarto. ¡Lo mejor y afortunado de todo era que el tiempo que tenía por delante era el suyo, el tiempo para enmendarse!

–Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro –repitió Scrooge, mientras saltaba de la cama–. Los Espíritus de los tres se esforzarán dentro de mí. ¡Oh, Jacob Marley! ¡Que sean alabados el Cielo y la época de Navidad por todo esto! ¡Lo digo de rodillas, viejo Jacob: de rodillas!

Estaba tan conmocionado y entusiasmado con sus buenas intenciones, que su quebrada voz apenas si podía responder a su llamado. Había sollozado de forma tan intensa en su pugna con el Espíritu que tenía el rostro bañado en lágrimas.

–¡No las han arrancado! –exclamó Scrooge, doblando entre sus manos una de las cortinas de su cama–, no las han arrancado, ni tampoco las argollas. Aquí están y yo también estoy aquí: las sombras de las cosas que iban a suceder pueden ahora desvanecerse. Se desvanecerán. ¡Sé que lo harán!

Sus manos estaban enredadas todo este tiempo con sus prendas de vestir: las volvía del revés, se las ponía al contrario, las rasgaba, las extraviaba, las volvía en partícipes de todo tipo de extravagancias.

–¡No sé qué hacer! –gritó Scrooge, riendo y llorando al mismo tiempo, transformándose en un verdadero Laoconte con las medias–. Me siento tan liviano como una pluma, tan feliz como un ángel, tan alegre como un colegial. Estoy tan aturdido como cualquier borracho. ¡Una Feliz Navidad a todo el mundo! ¡Hey! ¡Hurra! ¡Hola!

Había entrado de un salto al cuarto de estar y se encontraba ahora ahí, totalmente agitado.

–¡Ahí esta la olla con las sobras! –exclamó Scrooge, empezando de nuevo a brincar alrededor de la chimenea–. ¡Ahí está la puerta, por donde cruzó el fantasma de Jacob Marley! ¡Ahí está la esquina donde se sentó el Fantasma de la Navidad presente! ¡Ahí está la ventana por donde vi los Espíritus Errantes! ¡Todo es perfecto, todo es cierto, todo ha sucedido. Ja, ja, ja!

En realidad, para un hombre que ha estado fuera de práctica durante tantos años, se trataba de una risa espléndida, una carcajada de lo más ilustre. ¡El progenitor de una larga, larga serie de brillantes carcajadas!

–¡No sé que día del mes es hoy! –dijo Scrooge–. No sé cuánto tiempo estuve entre los Espíritus. No sé nada. Soy como un bebé. No importa. Me da lo mismo. Preferiero ser un bebé. ¡Hey! ¡Hurra! ¡Hola!

Fue interrumpido en sus arrebatos por el más vigoroso repique de campanas que hubiera escuchado nunca antes. ¡Golpe, tintineo, redoble, din, don, campanazo! ¡Campanazo, don, din, redoble, tintineo, golpe! ¡Oh, glorioso, glorioso!

Corrió hasta la ventana, la abrió, y sacó la cabeza. No había niebla, ni bruma; claro, resplandeciente, jovial, estimulante, frío; frío, que hace hervir la sangre; la dorada luz del sol; cielo maravilloso; dulce aire fresco; campanas alegres. ¡Oh, glorioso, glorioso!

–¿Qué día es hoy? –gritó Scrooge, llamando a un muchacho con su traje de domingo, quien quizás se había quedado por ahí para observarlo.

–¿Ah? –contestó el muchacho, con una completa expresión de asombro.

–¿Qué día es hoy, mi querido amigo? –dijo Scrooge.

–¡Hoy! –replicó el muchacho–. Pues, Día de Navidad.

–¡Día de Navidad! –se dijo Scrooge–. Entonces no me le he perdido. Los Espíritus lo hicieron todo en una sola noche. Pueden hacer cualquier cosa que deseen. Claro que pueden. Claro que pueden. ¡Hola, querido amigo!

–¡Hola! –contestó el muchacho.

–¿Conoces la pollería, en la calle después de esta, en la esquina? –preguntó Scrooge.

–Debería conocerla –contestó el muchacho.

–¡Un joven inteligente! –dijo Scrooge–. ¡Un joven extraordinario! ¿Sabes si ya habrán vendido el pavo de primera clase que tenían colgado allí? ¿No el pequeño, sino el grande?

–¿Cuál, ese que es tan grande como yo? –replicó el muchacho.

–¡Qué joven tan encantador! –dijo Scrooge–. Es un placer hablar con él. ¡Sí, mi querido joven!

–Todavía está colgado allá –dijo el muchacho.

–¿Sí? –dijo Scrooge–. Ve y cómpralo.

–¡No invente! –exclamó el muchacho.

–No, no –dijo Scrooge–. Hablo en serio. Ve y cómpralo y diles que lo traigan aquí para que así pueda darles la dirección donde deben llevarlo. Regresa aquí con el tendero y te daré un chelín. ¡Vuelve con él en menos de cinco minutos y te daré media corona!

El muchacho salió como una bala. Cualquiera que

pretendiera disparar una bala la mitad de rápido tendría que tener la mano firme en el gatillo.

–¡Se lo enviaré a Bob Cratchit! –murmuró Scrooge, frotándose las manos y partiéndose de risa–. No debe saber quién se lo envía. Es el doble de tamaño de Tiny Tim. ¡Nadie ha hecho mejor chiste que el de enviárselo a Bob!

La mano con la que escribió la dirección no era muy firme, pero la escribió de todas formas y bajó las escaleras para abrir la puerta, preparado para la llegada del pollero. Mientras esperaba ahí, la aldaba llamó su atención.

–¡La querré mientras viva! –exclamó Scrooge, acariciándola con la mano–. Apenas si me fijaba en ella antes. ¡Qué expresión tan honesta hay en su semblante! ¡Es una aldaba maravillosa! Llegó el pavo. ¡Hola! ¡Hurra! ¡Cómo está usted! ¡Feliz Navidad!

¡Era un verdadero pavo! Aquel pájaro nunca hubiera podido sostenerse en sus dos patas. Se le hubieran quebrado en un minuto, como dos varas de lacre.

–¡Por Dios! Es imposible cargar esto hasta Camden Town –dijo Scrooge–. Necesitará un coche.

La risita con la que dijo esto y la risita con la que pagó por el pavo y la risita con la que pagó por el coche y la risita con la que recompensó al muchacho, sólo fueron

superadas por la risita con la que se sentó sin aire de nuevo en la silla, riéndose hasta llorar.

Afeitarse no resultó una tarea fácil, pues su mano continuaba temblando mucho, y afeitarse requiere de atención, incluso cuando uno no baila mientras lo hace. Pero si se hubiera cortado de un tajo la punta de la nariz, se habría puesto encima un pedazo de esparadrapo y habría quedado satisfecho.

Se visitó “con lo mejor” y finalmente salió a la calle. Para ese momento, la gente se movía a raudales, como lo había visto con el Espíritu de la Navidad presente; y mientras caminaba con las manos atrás, Scrooge observaba a cada persona con una placentera sonrisa. Se veía, en una palabra, tan irresistiblemente contento que tres o cuatro personas de buen humor le dijeron “¡Buenos días, caballero! ¡Le deseo una Feliz Navidad!”. Y Scrooge afirmaría a menudo, tiempo después, que de todos los alegres sonidos que había escuchado, estos fueron los más alegres para sus oídos.

No había llegado demasiado lejos cuando se fijó que en dirección contraria se le acercaba el corpulento caballero que había entrado el día anterior a su oficina y le había dicho: “¿Scrooge y Marley, supongo?”. Sintió una punzada en el corazón al pensar cómo lo observaría este viejo caballero cuando se cruzaran; pero Scrooge

sabía cuál era el camino que se abría ante él y lo tomó.

–Mi querido amigo –dijo Scrooge, acelerando el paso y tomando al viejo caballero con las dos manos–, ¿cómo está usted? Espero que haya tenido éxito ayer. Fue muy amable de su parte. ¡Le deseo una Feliz Navidad!

–¿El Sr. Scrooge?

–Sí –dijo Scrooge–. Ese es mi nombre y temo que no fui muy amable con usted. Permítame pedirle perdón. Y tenga usted la bondad de...–en ese punto Scrooge le susurró algo al oído.

–¡Dios me bendiga! –gritó el caballero, como si hubiera perdido el aliento–. Mi querido Sr. Scrooge, ¿habla en serio?

–Si es tan amable –dijo Scrooge–. Ni un centavo menos. Ahí van incluidos muchos pagos atrasados, se lo aseguro. ¿Me haría ese favor?

–Mi querido señor –dijo el otro, estrechándole la mano–. No sé qué decir frente a tanta generosi...

–No diga nada más, por favor –respondió Scrooge–. Venga a verme. ¿Vendrá a verme?

–¡Claro que sí! –exclamó el viejo caballero. Y era evidente que lo haría.

–Gracias –dijo Scrooge–. Estoy muy agradecido con usted. Le doy las gracias cientos de veces. ¡Que Dios lo bendiga!

Fue a la iglesia y recorrió las calles; observaba a la gente que iba corriendo de un lado a otro y acariciaba la cabeza de los niños e interrogaba a los mendigos, miraba abajo a las cocinas de las casas y arriba hacia las ventanas, y descubrió que todo le daba placer. Nunca antes había soñado que una caminata –que nada– le pudiera ofrecer tanta felicidad. Por la tarde, guió sus pasos hacia la casa de su sobrino.

Pasó de largo frente de la puerta más de una docena de veces, antes de tener el coraje de subir y golpear. Pero al fin tomó carrera y lo hizo.

–¿Está el señor en casa, querida? –preguntó Scrooge a la niña. ¡Una linda niña! Muy linda.

–Sí señor.

–¿Dónde está, cariño? –dijo Scrooge.

–Está en el comedor, señor, con la señora. Lo llevaré hasta arriba, si usted lo desea.

–Gracias. Él me conoce –dijo Scrooge, con la mano ya en el picaporte de la puerta–. Voy a entrar, querida.

Giró el picaporte con suavidad y asomó la cabeza, por entre la puerta. Estaban contemplando la mesa (que estaba arreglada con muchos adornos), pues estos jóvenes amos de casa están siempre muy inquietos con estos detalles y les gusta ver que todo está en orden.

–¡Fred! –dijo Scrooge.

¡Por Dios Santo, qué susto se llevó su sobrina política! Scrooge había olvidado, por un momento, que ella se encontraba recostada en un rincón con los pies en el taburete, pues de lo contrario no hubiera entrado así, de ninguna manera.

–¡Dios me bendiga! –exclamó Fred–. ¿Quién es?

–Soy yo. Tu tío Scrooge. He venido para la comida.

¿Me permites entrar, Fred?

¡Dejarlo entrar! Fue una fortuna que no le hubiera arrancado el brazo. En cinco minutos ya estaba como en su hogar. Nada podía ser más cordial. Su sobrina mostró la misma cordialidad. Lo mismo que Topper cuando entró. Lo mismo la hermana rolliza, cuando entró. Lo mismo todos los demás, cuando entraron.

¡Una fiesta maravillosa, unos juegos maravillosos, un reconocimiento maravilloso, una felicidad maravillosa!

Al día siguiente, sin embargo, llegó temprano a la oficina. Ah, sí, había llegado temprano. ¡Si podía llegar primero, agarraría a Bob Cratchit llegando tarde! Eso era lo que se había propuesto.

Y así lo hizo, ¡claro que sí! El reloj dio las nueve. Nada de Bob. Las nueve y cuarto. Nada de Bob. Ya llevaba dieciocho minutos y medio de retraso. Scrooge se sentó con la puerta abierta de par en par, para así verlo llegar a su cubil.

Se había quitado el sombrero antes de abrir la puerta; también se había quitado la bufanda. Llegó a su taburete en un santiamén, sacudiendo la pluma, como si estuviera tratando de alcanzar a la hora de las nueve.

–¡Hola! –gruño Scrooge, con la acostumbrada voz y que intentó fingir lo mejor que pudo–. ¿Qué significa eso de llegar aquí a esta hora del día?

–Lo siento mucho, señor –dijo Bob–. Me he atrasado.

–¿Atrasado? –repitió Scrooge–. Sí señor. Pienso que está atrasado. Venga aquí, por favor.

–Es sólo una vez al año, señor –rogó Bob, acercándose desde su cubil–. No se repetirá. Ayer estuve bastante entretenido, señor.

–Muy bien, le diré una cosa, mi amigo –dijo Scrooge–. No voy a permitir este tipo de situación por más tiempo. Y por lo tanto –continuó, saltando de su taburete y propinándole tal empujón en el chaleco que Bob se tambaleó hacia atrás otra vez hasta su cubil–, y por lo tanto ¡le subiré el sueldo!

Bob temblaba y se acercó un poco más hacia la regla. Se le cruzó la idea transitoria de golpear con esta a Scrooge, sujetarlo y pedir socorro y una camisa de fuerza a la gente en el patio.

–¡Una Feliz Navidad, Bob! –dijo Scrooge, con una sinceridad que no podía ponerse en duda y le dio una

palmada en la espalda—. ¡La Navidad más feliz, Bob, mi querido amigo, que he podido darte en muchos años! ¡Te subiré el sueldo y me comprometeré a ayudar a tu esforzada familia y discutiremos sobre tus asuntos esta misma tarde, ante una buena jarra de humeante ponche, Bob! ¡Enciende las chimeneas y compra otro cubo de carbón antes de que le pongas otro punto a una i, Bob Cratchit!

Scrooge fue mucho mejor que lo que había prometido de palabra. Lo hizo todo e infinitamente más, y para Tiny Tim, quien no MURIÓ, fue como un segundo padre. Se convirtió en el mejor amigo, en el mejor jefe, en el mejor hombre que hubo de conocer la vieja ciudad, o cualquier otra buena vieja ciudad, o cualquier otro pueblo o condado en el buen viejo mundo. Alguna gente reía al ver la transformación que había sufrido, pero él los dejaba reír y les prestaba poca atención, pues era lo suficientemente sabio para saber que nada había sucedido, para siempre, en este globo, que no hubiera hecho reír a alguna gente al principio; y sabiendo que, en todo caso, esta clase de gente permanecería ciega, pensaba que era mucho mejor que arrugaran los ojos con sus muecas a que demostraran su perjuicio de formas menos atractivas. Su propio corazón reía, y para él eso era más que suficiente.



No volvió a tener ningún encuentro con los Espíritus, pero vivió, de ahí en adelante, bajo el Principio de la Total Austeridad, y siempre se dijo de él que sabía cómo celebrar la Navidad de la mejor manera, si es que algún hombre vivo poseyó esa sabiduría. ¡Ojalá eso mismo pudiera decirse de nosotros, de todos nosotros! Y así, como dijo Tiny Tim, ¡que Dios nos bendiga, a todos y a cada uno!

F I N

LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Antígona*
Sófocles
- 2 *El 9 de abril.*
Fragmento de *Vivir para contarla*
Gabriel García Márquez
- 3 *Cuentos para siempre*
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde
- 4 *Cuentos*
Julio Cortázar
- 5 *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá.*
Selección de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*
José María Cordovez Moure
- 6 *Cuentos de animales*
Rudyard Kipling
- 7 *El gato negro y otros cuentos*
Edgar Allan Poe
- 8 *El beso y otros cuentos*
Anton Chejov
- 9 *El niño yuntero*
Miguel Hernández
- 10 *Cuentos de Navidad*
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince
- 11 *Novela del curioso impertinente*
Miguel de Cervantes
- 12 *Cuentos en Bogotá*
Antología
- 13 *Cuentos*
Rafael Pombo
- 14 *La casa de Mapuhi y otros cuentos*
Jack London
- 15 *¡Qué bonito baila el chulo!*
Cantas del Valle de Tenza
Anónimo

- 16 *El beso frío y otros cuentos bogotanos*
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes
Posada, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes,
Evelio José Rosero, Santiago Gamboa,
Ricardo Silva Romero
- 17 *Los vestidos del emperador y otros cuentos*
Hans Christian Andersen
- 18 *Algunos sonetos*
William Shakespeare
- 19 *El ángel y otros cuentos*
Tomás Carrasquilla
- 20 *Iván el Imbécil*
León Tolstoi
- 21 *Fábulas e historias*
León Tolstoi
- 22 *La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes*
Saki, Kate Chopin, Henry James,
Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce
- 23 *Por qué leer y escribir*
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón,
William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers,
Dario Jaramillo Agudelo
- 24 *Los siete viajes de Simbad el marino*
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 *Los hijos del Sol*
Eduardo Caballero Calderón
- 26 *Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá*
Antología de Roberto Rubiano Vargas
- 27 *Dr Jekyll y Mr Hyde*
Robert Louis Stevenson
- 28 *Poemas colombianos*
Antología
- 29 *Tres historias*
Guy de Maupassant
- 30 *Escuela de mujeres*
Molière
- 31 *Cuentos para niños*
Hermanos Grimm,
Alexander Pushkin
Rudyard Kipling
- 32 *Cuentos latinoamericanos I*
Adolfo Bioy Casares
Carlos Fuentes
Juan Carlos Onetti
- 33 *Palabras para un mundo mejor*
José Saramago
- 34 *Cuentos latinoamericanos II*
Gabriel García Márquez
Juan Rulfo
Rubem Fonseca
- 35 *Bartleby*
Herman Melville
- 36 *Para niños y otros lectores*
Alphonse Daudet
Wilhelm Hauff
León Tolstoi
- 37 *Cuentos latinoamericanos III*
Julio Ramón Ribeyro
Alfredo Bryce Echenique
- 38 *Cuentos latinoamericanos IV*
José Donoso
Sergio Pitol
Guillermo Cabrera Infante
- 39 *Poesía para niños*
Selección de Beatriz Helena Robledo
- 40 *Cuentos latinoamericanos V*
Mario Vargas Llosa
Felisberto Hernández
Salvador Garmendia
- 41 *Tengo miedo*
Ivar da Coll
- 42 *Canción de Navidad*
Carlos Dickens

CANCIÓN DE NAVIDAD DE
CARLOS DICKENS FUE EDITADO
POR LA SECRETARIA DISTRITAL
DE CULTURA, RECREACIÓN Y
DEPORTE Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DISTRITAL PARA
SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO CUARENTA Y
DOS Y SE IMPRIMIÓ EL MES DE
DICIEMBRE DEL AÑO 2007
EN BOGOTÁ

